

Teología

Introducción

Teología, disciplina que trata de expresar los contenidos de una fe religiosa presentados como un conjunto coherente de proposiciones. La palabra se emplea para referirse a la **fe cristiana** aunque en algunos casos se utilice por analogía para referirse a otros credos, pero fue el cristianismo el que le otorgó su significado actual. Tiene un alcance más limitado que la fe, pues mientras **la fe es una actitud integral del individuo y engloba voluntad y sentimiento**, la teología trata de expresar en palabras los elementos de la creencia que están contenidos en la fe de forma implícita o explícita.

Sin embargo, no toda expresión verbal de fe puede ser considerada teología. Las primeras verbalizaciones de fe fueron ingenuas y mitológicas. La teología surge de la reflexión sobre estas primeras manifestaciones ingenuas. Por ejemplo, en el Nuevo Testamento el discípulo Tomás le dice a Jesús: "¡Mi Señor y mi Dios!", pero se produjo un largo proceso de reflexión y especulación entre esta sencilla confesión y la declaración teológica, efectuada por el concilio de Nicea (325), de que Jesucristo es "uno en sustancia con el Padre". Este ejemplo demuestra la tendencia a pasar del lenguaje concreto ('Señor') al lenguaje conceptual ('sustancia').

Aunque la teología se ocupa de Dios, muchos teólogos mantienen que los conceptos que se tienen sobre él son por definición insuficientes. En la tradición judeocristiana,

Dios es con frecuencia descrito en términos negativos, como invisible e incorpóreo. Para que esta teología negativa no se convierta en un verdadero agnosticismo, tiene que completarse con otros modos indirectos de referirse a Dios (lo que implica analogía, simbolismo y metáfora) para que el lenguaje de la teología no resulte conceptual en sentido estricto, conservando en su lugar algunas imágenes de los tiempos preteológicos de la creencia religiosa. Un exhaustivo análisis del lenguaje teológico es un prelude imprescindible para la aventura teológica. Aparece un lenguaje que utiliza por igual imágenes como conceptos y que es a la vez crítico y confesional.

Teología y Ciencia

Teólogos tan diferentes como el italiano santo Tomás de Aquino en el siglo XIII y el teólogo suizo Karl Barth en el siglo XX han mantenido que la teología es una ciencia. Sin embargo, los dos se preocuparon por subrayar que hay ciencias de muchos tipos. La teología parece una ciencia, puesto que en el estudio de sus contenidos se aplican procedimientos metodológicos, críticos e intelectuales, aunque difieren por completo de los de las ciencias naturales y también de las humanas, ya que su **objeto final, Dios**, no es accesible a la investigación empírica. Por lo tanto, el problema de establecer un método riguroso de razonamiento sobre Dios es crucial en teología. Aquino emprendió su sistema filosófico presentando cinco pruebas de la existencia de Dios como base de todos sus demás argumentos. Barth, por otra parte, comenzó con la revelación de Dios o su propia comunicación (la palabra de

Dios), pensando que sólo así se podría evitar el peligro de aproximarse a Dios como si fuera un simple objeto de investigación. Los seguidores del método de Barth sostienen que una ciencia debe empezar con determinados supuestos y que el supuesto de un Dios que se comunica consigo mismo es el punto de partida más adecuado para la teología; los que siguen el ejemplo de Aquino sostienen que la integridad espiritual exige que el teólogo comience con la cuestión de si existe Dios. Es claro que en ambos casos la teología ha de ocuparse tanto de los seres humanos y de su capacidad como de Dios. De hecho, Barth ha dicho que la teología debería llamarse con mayor propiedad 'teoantropología', ya que el tema en cuestión no es Dios aislado, sino más bien lo divino y lo humano en la medida en que se relacionan entre sí.

Fuentes de la Teología

La teología más antigua —la de los filósofos griegos, que acuñaron la palabra *teología*— se basaba en una reflexión racional sobre Dios, el mundo y la existencia humana. Estos filósofos contrastaron de forma explícita la aproximación teológica racional al problema de Dios con los relatos mitológicos de los dioses que habían narrado los poetas griegos. La aproximación racional ha seguido teniendo numerosos partidarios, como Aquino, pero la llamada a la revelación como fuente de la verdad religiosa (y por eso teológica) también ha sido notable en las tradiciones cristiana, judía, islámica y en algunas orientales. Se rastrean estas religiones hasta sus fundadores pioneros, que ofrecieron ideas nuevas y atractivas sobre las cuestiones de Dios y el destino

humano. Posteriores generaciones de pensadores reflexionaron sobre el contenido de estas aclaraciones, formularon sus implicaciones, aplicaron sus ideas a nuevas situaciones y examinaron y criticaron las interpretaciones que se habían ofrecido en otras épocas. Las ideas características de los fundadores, se utilice o no la palabra *revelación*, han quedado grabadas en las estructuras de las diferentes religiones, y que sigan pareciendo inagotables es un testimonio de la profundidad y riqueza de estas ideas.

El papel de las Escrituras

Las religiones más desarrolladas del mundo tienen escrituras o escritos sagrados. Se considera que éstas son obra de los propios fundadores o de sus primeros discípulos. La Torá, atribuida durante mucho tiempo a Moisés; el Nuevo Testamento, debido en su mayor parte a los discípulos de Jesús; el Corán, que se atribuye a Mahoma, y las voluminosas escrituras del hinduismo y el budismo constituyen todos ejemplos de la transmisión de las revelaciones originales a través de documentos escritos. Las escrituras poseen una categoría diferente según las diversas tradiciones. Entre los cristianos, los judíos y los musulmanes se otorga a las escrituras una autoridad —a veces como palabra real de Dios— que no tienen en el hinduismo o el budismo. En el cristianismo, además, existen diferencias entre los fundamentalistas, para quienes la Biblia es de inspiración divina, y los liberales, que la consideran un testimonio humano falible de la revelación, pero no la propia revelación. Sin embargo, las escrituras, cuando existen, constituyen una fuente

importante para la teología, incluso cuando se les aplican métodos críticos modernos.

Tradición y experiencia

La tradición es otro medio de expresión y transmisión de la revelación original. La tradición precede a la escritura, en el sentido de que los relatos y las doctrinas de los fundadores se transmitieron de forma oral antes de quedar escritos y adoptar una forma estable. Pero la tradición también sigue a la escritura, ya que donde la escritura aparece confusa o inconsistente, la comunidad de creyentes tiene que interpretarla, y se desarrolla a veces todo un conjunto de interpretaciones junto con la escritura original, e incluso puede escribirse de nuevo. Esto ha ocurrido tanto en el judaísmo como en el islam, aunque en estas religiones el conjunto de la tradición no tenga la misma categoría que las escrituras.

En la cristiandad, el catolicismo romano ha dado un importante valor a la tradición como voz viva de la Iglesia. Los protestantes subrayan el principio de dependencia en la autoridad de la Biblia en exclusiva, ya que la Biblia que se lee y se enseña en el contexto de la Iglesia —en especial en la liturgia— es imposible escucharla en la práctica sin alusiones a la interpretación tradicional. Por último, la experiencia ha adquirido una importante influencia en la teología, sobre todo en épocas modernas. El respeto a la autoridad de la escritura, la tradición e incluso la revelación ha disminuido, y por lo tanto los teólogos tienden a recurrir cada vez más a la experiencia viva, ya sea personal o de la comunidad. El teólogo busca

el significado de Dios no sólo en experiencias religiosas como el misticismo y la conversión, sino también en la experiencia cultural, social y política de la época.

Método Teológico

No hay un único método de carácter universal reconocido en teología. El método difiere de un teólogo a otro y depende en gran medida del grado de importancia que se concede a las diversas fuentes. San Anselmo, del siglo XII, es un buen ejemplo de teólogo que utiliza un método de riguroso razonamiento lógico. En el *Proslogium*, Anselmo se propone probar la existencia de Dios a partir del concepto de un ser perfecto, y en *Cur Deus homo* sostiene que, dada la existencia de un Dios benevolente y de la maldad de la humanidad, las doctrinas cristianas de encarnación y expiación pueden deducirse por necesidad lógica. Pocos teólogos han sido tan rigurosamente lógicos como Anselmo, pero casi todos han aspirado a la coherencia lógica. Sin embargo, una minoría, incluidos el padre de la Iglesia del siglo II Tertuliano y el filósofo danés del siglo XIX Søren Kierkegaard, han negado que la teología pueda concebirse como un sistema racional y han afirmado que la experiencia humana de Dios revela discontinuidad y paradojas.

Se puede observar un método bastante diferente entre los teólogos protestantes de la Reforma y posteriores a ella, que han intentado fundamentar la teología ciñéndose tan sólo a la Biblia. En su forma más cruda, esto significaba una constante apelación a la Biblia para demostrar afirmaciones teológicas. Sin embargo, con el desarrollo de

los estudios bíblicos, este tipo de teología se ha hecho mucho más sofisticada. En primer lugar, el método consiste en establecer el texto bíblico a partir de los manuscritos y de diferentes lecturas, sometiendo después este texto a un profundo examen para tomar nota, por ejemplo, de consideraciones lingüísticas, fuentes literarias y antecedentes históricos. En esto consiste el trabajo de exégesis, que aspira a la comprensión, en la medida de lo posible, del significado que pretendió el escritor. Los teólogos deben entonces preguntarse cómo ha ido evolucionando el significado original del texto en el curso de la historia doctrinal, y el significado que pudiera tener en la propia época y situación cultural de los teólogos. Este paso afecta a la hermenéutica, ciencia de la interpretación de textos. Hay quien afirma que la interpretación es en sí misma un acto creativo e innovador y no tan sólo la transposición de significados de un contexto antiguo a otro moderno. Además, una transposición que intentara reproducir el significado exacto del texto original podría dar lugar a cambios substanciales. El teólogo alemán del siglo XX, Rudolf Bultmann, abogó por un método de 'desmitologización', en el supuesto de que el significado esencial del Nuevo Testamento es una comprensión de la existencia humana que debe desvincularse del lenguaje mitológico de la época en que se escribió. El proyecto de Bultmann implicaba la traducción de este significado esencial en el contexto del lenguaje de la filosofía existencialista moderna.

En apariencia similar a las teologías de fundamento bíblico de los escritores protestantes son las de los escritores católicos, que han tratado de desarrollar teologías

fundadas en los pronunciamientos dogmáticos de la Iglesia. Esto se realizó con cierta ingenuidad en los manuales más antiguos, aunque se ha reconocido ahora que las cuestiones hermenéuticas son tan relevantes para el dogma como lo son para la escritura, y que incluso los dogmas más venerados necesitan una periódica reinterpretación que puede dar lugar a la aparición de nuevas ideas.

Los teólogos poco dispuestos a comenzar con una apelación a los textos autorizados, ya sean bíblicos o dogmáticos, comienzan su labor por el extremo opuesto, analizando la experiencia humana y sus problemas, y preguntándose después cómo la sabiduría tradicional podría iluminar o resolver estos problemas. El teólogo alemán del siglo XX Paul Tillich ha utilizado la expresión "método de correlación" para describir este procedimiento en teología. Él y otros autores han hecho buen uso de la fenomenología en sus análisis de la experiencia humana.

Los principales tipos de métodos teológicos pueden combinarse de diferentes formas. Cada teólogo importante tiene un método único en sus detalles, pero que sin embargo implica numerosos procedimientos similares a los de otros teólogos. Es importante señalar que muchos procedimientos de la teología son los mismos que utilizan los historiadores, los estudiantes de lengua y literatura, los filósofos, y otros especialistas.

Las Ramas de la Teología

La palabra *teología* es utilizada a veces en sentido amplio para significar no sólo el estudio de la doctrina, sino también los estudios bíblicos y la historia de la Iglesia, como cuando se habla de la facultad de teología de una universidad. **Pero en general, teología significa teología sistemática, que es la exposición ordenada de las creencias de una fe religiosa en su conjunto.** La teología sistemática cristiana se subdivide en la **doctrina de Dios** (**teología** en sentido estricto); **crisología**, doctrina de la persona de Cristo; **soteriología**, doctrina de la salvación; **antropología**, doctrina de la humanidad; **pneumatología**, doctrina del espíritu; **escatología**, doctrina de las 'últimas cosas' o el final de los tiempos, y **eclesiología**, doctrina de la Iglesia. A veces se añaden nuevas divisiones, aunque la teología sistemática subraya siempre la unidad e implicación mutua de las diversas partes.

La distinción entre teología natural, que se basa en la razón y la experiencia común, y la teología revelada ya ha sido apuntada. Por el mismo motivo debería hacerse una distinción entre **apologética** —intento de exponer las creencias religiosas mientras se atiende o se responde a las objeciones y críticas— y **dogmática**, exposición ordenada de las creencias. Sin embargo, algunos teólogos rechazan la apologética, ya que parece permitir a sus rivales fijar el orden, argumentando que la mejor apologética es tan sólo una exposición clara de la creencia.

La aparición y desarrollo de doctrinas religiosas es el tema de la teología histórica, que tiene importantes implicaciones

en la reflexión teológica actual. En cierto modo menos dependientes de la aventura teológica son varias disciplinas en las que las ideas procedentes de la teología sistemática se aplican a diversos problemas especializados. En teología moral las ideas de fe se aplican a cuestiones de conducta moral. A causa de la variedad de estos problemas, la teología moral tiende a convertirse en una tarea interdisciplinar. Cuando los problemas aparecen vinculados a aspectos institucionales y sociales de la vida humana, se puede hablar de teología social e incluso de teología política. La **teología pastoral** o práctica tiene que ver con el ejercicio del sacerdocio en materias como el asesoramiento y la cura de almas.

Teología Cristiana Primitiva

Aunque la Biblia contiene abundante material teológico, no es un manual de teología sistemática. La epístola de Pablo a los romanos es quizá la propuesta más cercana a un tratado teológico en el Nuevo Testamento; comenzando por la pecaminosa condición humana, Pablo enuncia una doctrina de justificación por la fe y esboza un esquema de salvación universal. La teología comenzó entre los griegos como una disciplina científica, y la convergencia de la filosofía griega y la fe bíblica dio lugar al desarrollo de la gran época de la teología patristica. Aunque el teólogo alemán **Adolf von Harnack** lamentó la helenización del evangelio, casi todos los teólogos coincidieron con **Tillich** en que la fe bíblica tenía que responder al reto intelectual de la filosofía griega.

En Oriente, el escritor **Orígenes** (siglo III, escuela de Alejandría) fue quizá el teólogo más influyente de la era cristiana primitiva: *De principiis* se ocupa de los grandes tópicos de la teología, y *Contra celsum*, respuesta de Orígenes a las críticas de un filósofo pagano, es un notable ejemplo de apologética. El gran teólogo patrístico de Occidente fue **san Agustín de Hipona**. Su obra más importante es *De civitate Dei* (*La ciudad de Dios*, 413-426), un considerable estudio donde la historia humana se presenta como una batalla entre las fuerzas del bien y del mal. Otro influyente tratado teológico de san Agustín es *De trinitate* (400-416). Orígenes y Agustín escribieron también comentarios sobre los libros de la Biblia, y los dos estuvieron muy influidos por la filosofía de Platón. Fue durante el periodo patrístico cuando adquirieron formulación definitiva las doctrinas cristianas más importantes.

La Edad Media

La siguiente explosión de actividad teológica se produjo en la edad media. Ya se han mencionado **Anselmo** y su obra capital, pero la figura sobresaliente de la teología medieval fue **santo Tomás de Aquino**. Su gran *Summa Theologiae* (1265-1273), que llegó a los dos millones de palabras y quedó inacabada a su muerte, es una detallada exposición teológica de las doctrinas sobre Dios, la naturaleza humana y la recta conducta, así como la encarnación y la salvación. Entremezcla con sutileza temas filosóficos y teológicos y ha ejercido una influencia sin precedentes, en especial en la teología católica romana. Aquino también escribió una obra apologética fundamental, la *Summa contra gentiles* (1261-

1264). Hizo un uso importante de la filosofía de Aristóteles, que se estaba redescubriendo en aquella época.

La Reforma

La Reforma protestante del siglo XVI propició un regreso a la Biblia y un tono en teología más práctico, ético, quizá menos especulativo, y por lo tanto reflejó un intento de reducir el papel de la filosofía en la investigación teológica.

Martín Lutero no fue un filósofo sistemático, aunque su nueva doctrina fue presentada con habilidad por su colega Melanchthon en su *Loci communes rerum theologicarum* (1521). Sin duda, el teólogo más importante de la reforma fue **Juan Calvino**, cuyo *Institutio christianae religionis* (1536) permanece como un clásico de la teología sistemática de la Reforma. Calvino subrayó la soberanía de Dios hasta el punto de elaborar una doctrina estricta de predestinación, aunque intentara fundamentar todas sus doctrinas en la Biblia.

Teología Moderna

Después de la Reforma se produjo un periodo de estancamiento teológico, mientras las ortodoxias católica y protestante se enfrentaban entre sí manteniendo posiciones muy rígidas. En los siglos XVII y XVIII ambos campos se vieron amenazados por la aparición de la filosofía racionalista y la ciencia empírica. El prolongado dominio de la teología como la 'reina de las ciencias' estaba concluyendo. A pesar de estas amenazas, el teólogo alemán del siglo XIX, Friedrich Schleiermacher, resucitó la teología. La autoridad de la ortodoxia había

desaparecido, y la antigua teología natural había quedado desprestigiada por dos filósofos del siglo XVIII, el escéptico inglés David Hume y el idealista alemán Immanuel Kant. Por eso, Schleiermacher hizo un enérgico llamamiento para que la experiencia viva de la comunidad de creyentes fuera considerada como la nueva base de la teología. En su obra más importante, *Compendio de la fe cristiana según los principios de la Iglesia evangélica* (2 vols., 1821-1822), la doctrina es tratada como la transcripción de la experiencia. Con Schleiermacher, el foco de la teología parece desplazarse desde Dios a la humanidad, y esta fue la realidad, en términos generales, de la teología liberal que dominó el siglo XIX. Su desarrollo se vio interrumpido por la obra de Karl Barth, cuya obra monumental, *Die kirchliche Dogmatik* (1932-1962), significó un regreso a la filosofía bíblica. En la segunda mitad del siglo XX coexistían varias escuelas teológicas. Importante entre ellas es la revitalizada teología católica romana que surge del Concilio Vaticano II (1962-1965). Otras escuelas utilizan los principios del filósofo inglés del siglo XX Martin Heidegger, e incluso de Carlos Marx, para elaborar nuevas interpretaciones teológicas.

Teología y Otras Disciplinas

La compañera de diálogos más antigua de la teología ha sido la filosofía. Sucesivas escuelas de filosofía han inspirado el pensamiento teológico innovador, han ofrecido categorías para la aclaración de las ideas teológicas y han interpretado el cambio de intereses de la sociedad.

La teología judeocristiana ha estado implicada de forma muy estrecha con la historia, ya que en la tradición bíblica la historia es el medio de la revelación y las afirmaciones históricas de fe tienen que ser probadas y analizadas como otras afirmaciones. La psicología, la sociología y la antropología implican el estudio de la religión y, aunque sus métodos y objetivos sean diferentes de los de la teología, muchas veces ilustran sobre el proceso del desarrollo teológico. La teología debe recurrir también a las ciencias naturales, por ejemplo, al investigar de qué modo las doctrinas de creación y providencia se relacionan con el mundo descrito por la ciencia. Por último, y a finales del siglo XX, los filósofos cristianos han entablado el diálogo con las demás religiones importantes, han fijado un territorio común y han analizado los elementos que la diferencian.

Teología de la liberación

INTRODUCCIÓN

Teología de la liberación, interpretación teológica cristiana de la liberación o salvación que recurre a teorías sociales, políticas y económicas. La expresión teología de la liberación fue empleada por primera vez en Latinoamérica a finales de la década de 1960 por Rubén Alves y Gustavo Gutiérrez para describir una perspectiva teológica que sugiere dimensiones sociales y políticas para el concepto de salvación. El propio Gustavo Gutiérrez ofreció en 1971 la primera exposición sistemática de esta concepción en su obra *Teología de la liberación*.

ANTECEDENTES

Aunque este término es muy reciente, existe una larga tradición bíblica en la que la salvación realizada por Dios no sólo incluye la liberación de los espíritus malignos, la culpa, el pecado, las enfermedades, la condenación eterna, es decir, de la prisión del cuerpo o del yugo de las pasiones —como ocurre en otras religiones—, sino también la redención del enemigo, la esclavitud, la dominación política o la opresión social. A este respecto, se refieren en la Biblia varios casos ejemplares de estas liberaciones: el éxodo israelita de Egipto (descrito en el libro del Éxodo), el regreso del exilio en Babilonia (en los libros de Esdras y de Nehemías) y la lucha contra la ocupación macedonia (en los cuatro libros de los Macabeos). En la actualidad, estos sucesos se han convertido en poderosos símbolos de la lucha por la abolición de la esclavitud y la emancipación de las potencias coloniales.

TEOLOGÍAS DE LA LIBERACIÓN

El término “teologías de la liberación”, en plural, es el que se emplea en la actualidad para designar los diferentes enfoques teológicos que hacen frente a cada forma concreta de opresión (por ejemplo, la relacionada con la raza, sexo, cultura u otras formas de discriminación). La “teología feminista”, la “teología negra” y la “teología africana” son los ejemplos más destacados de esta diversificación de teologías de la liberación. Pese a que cada una de ellas tiene su propia identidad y no puede considerarse simplemente como una variante de un planteamiento único, todas tienen elementos en común.

Son contextuales en la medida en que se ocupan consciente y explícitamente de una situación histórica y social particular; suelen seguir un método inductivo: parten de las circunstancias concretas de las condiciones de opresión y más tarde proceden a teorizar sobre estos hechos; tienen un carácter militante en tanto que sus practicantes están activamente comprometidos con la conquista de la liberación; conceden una importancia capital al concepto de praxis. Ésta comienza con la participación en las luchas por la liberación y, a través del análisis de esta participación, se fortalece y clarifica. Por último, estas teologías son interdisciplinarias porque su práctica requiere el empleo de análisis sociológicos, antropológicos e históricos, además de teológicos.

TEOLOGÍA DE LA LIBERACIÓN: LATINOAMÉRICA

Cuando el término “teología de la liberación” se emplea en singular y sin ninguna otra aclaración, suele identificarse con el movimiento iniciado en Latinoamérica durante la segunda mitad del siglo XX y al que se asocian originalmente los nombres de los ya citados Gustavo Gutiérrez y Rubén Alves, Hugo Assmann, Juan Luis Segundo, José Miguez Bonino, Leonardo Boff, Helder Câmara, Pedro Casaldáliga, Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino, Samuel Ruiz García y otros teólogos católicos y protestantes de las décadas de 1960 y 1970.

Puede afirmarse que el episodio fundacional de esta escuela de pensamiento teológico tuvo lugar en el transcurso de la II Conferencia General del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), celebrada en 1968

en Medellín. En sus documentos finales aparecía ya de forma clara la preocupación por la repercusión de la creciente pobreza estructural y destructiva, que fue considerada como un desafío para el amor y los intereses cristianos, así como un indicador de las formas en que la fe cristiana se ha utilizado y se sigue utilizando para legitimar estas condiciones de opresión. Esta concepción dio lugar al planteamiento de tres cuestiones al menos: cuáles son las causas de esta situación, cómo pueden entenderse e interpretarse estas condiciones y problemas en términos teológicos y, por último, qué puede hacerse al respecto.

Metodología

Para responder a la primera pregunta fue necesario emprender un análisis estructural. Teorías de dependencia, cierta penetración socioanalítica marxista y la crítica de Karl Marx al papel de la religión en la sociedad fueron todos los instrumentos empleados para interpretar la situación. En los últimos años también se ha recurrido a los métodos de la antropología cultural y la psicología social. La utilización de elementos del marxismo ha provocado la crítica de diversos sectores (los evangélicos conservadores y los teólogos y economistas neoconservadores). La Comisión Católica de Doctrina redactó dos cartas en las que establecía una distinción entre “determinadas teologías de la liberación” (no se especificó de cuáles se trataba, pero se sugería que se hallaban en peligro de acoger ciertos conceptos marxistas) y una “necesaria y legítima” teología de la liberación aceptada por la doctrina de la Iglesia. Los teólogos de la liberación suelen alegar que la utilización del análisis y de perspectivas marxistas no

implica la aceptación de las interpretaciones materialistas y ateas del marxismo.

Concepción teológica

Existen varios temas bíblicos que juegan un papel central en la teología de la liberación: (1) la preocupación de Dios por la pobreza tal y como es expresada en los libros de los profetas, en la Alianza y en el ministerio y mensaje de Jesucristo; (2) la insistencia en el carácter histórico y concreto del Dios bíblico, en oposición a las tendencias subjetivas, individualistas y espiritualistas de la religión y la teología modernas; (3) el concepto del Reino de Dios como el nuevo orden de paz y justicia que Jesús enseñará e iniciará en su ministerio; (4) la esperanza de “un nuevo cielo y una nueva tierra”, no sólo entendidos como un futuro evento sobrenatural o una utopía, sino como una realidad que está parcialmente presente en la historia, puesto que el propósito y la acción liberadora de Dios se logran a través de la mediación del hombre.

En lo que respecta al compromiso y la acción, la teología de la liberación no funciona de la misma manera que un partido político o un movimiento social, ni tampoco ofrece un “programa”. No obstante, propone una práctica que no sea arbitraria o simplemente teórica, sino que demande un proyecto social cuyo objetivo sea transformar la sociedad superando las condiciones de pobreza, opresión y violencia. Para los cristianos, la inspiración y el sustento teológico para llevar a cabo este plan tienen su fuente en la comunidad cristiana. Existe una concepción de la Iglesia entendida principalmente como una comunidad al servicio

del pueblo, mientras que la organización institucional y jerárquica es considerada como legítima sólo en tanto que servicio prestado a este pueblo, a “la iglesia en su base”.

TRASCENDENCIA Y PERSPECTIVAS DE FUTURO

Los acontecimientos recientes de la política y la economía mundial han planteado nuevos inconvenientes y desafíos: los planes económicos neoconservadores (favorables a la economía de libre mercado), aplicados en Latinoamérica y a escala mundial, parecen haber empeorado la situación y creado nuevos conflictos estructurales relativos a la pobreza, el desempleo masivo y la marginación de muchas personas. Por otro lado, esta ideología neoconservadora aduce ser la expresión del modo cristiano de hacer frente a los problemas del hombre. Esta circunstancia ha provocado que la teología de la liberación se imponga una doble tarea: iniciar el debate sobre la justificación teológica e ideológica de los neoconservadores y, desde el punto de vista pastoral, ofrecer apoyo religioso y social a los grandes sectores de la población marginados y excluidos.

Teología de proceso

Teología de proceso, escuela moderna de teología cristiana, basada en la filosofía del proceso, según la cual la realidad se caracteriza por acontecimiento, cambio o devenir.

Según la moderna filosofía del proceso, las partículas más pequeñas que existen en un nivel subatómico no son sustancias estáticas, sino 'ocasiones' de muy breve

duración que se desarrollan hasta alcanzar su punto de satisfacción, perecen y son sustituidas por otras en la corriente de la vida. Cuando las ocasiones, que también son llamadas 'entidades reales', han completado su proceso de crecimiento ejercen influencia al quedar disponibles para ser 'aprehendidas' (o cogidas) por otras, de esta forma todos los objetos y personas que podemos ver a nuestro alrededor son en realidad grupos o sociedades de entidades. La visión del mundo según la filosofía del proceso es de este modo no sólo dinámica sino orgánica y relacional.

Como Alfred North Whitehead afirmaba en la formulación clásica del siglo XX (especialmente en su libro *Process and Reality*, 1929) y según su alumno Charles Hartshorne, la filosofía de proceso ya era teísta, entendiendo que Dios y el mundo participan del mismo proceso y son dependientes uno de otro en el crecimiento y en el desarrollo. Teólogos del proceso como John Cobb, Norman Pittenger, Schubert Ogden, David Griffin y Lewis Ford han trabajado sobre esta base, explorando con mayor determinación cómo influye Dios en el proceso general del mundo y queda a su vez afectado por éste, utilizando esta visión de la realidad para interpretar los principales temas de la teología cristiana tradicional.

Un principio clave en el pensamiento según el proceso es la dipolaridad (es decir, la naturaleza dual-polar) de todas las entidades, que tiene un aspecto mental y otro físico. A través de su polo físico cada minúscula entidad puede aprehender otras y ser influida por ellas, y a través de su polo mental puede apresar ideales y valores y formarse un

'propósito subjetivo' para su desarrollo hacia un máximo disfrute posible de la realidad. Sólo ciertas 'sociedades' de entidades como las personas logran la conciencia, pero la naturaleza en cada nivel tiene capacidad para disfrutar la experiencia.

Esta comprensión de la realidad permite a la teología del proceso reinterpretar la comprensión tradicional de la transcendencia e imanencia de Dios, también concebido como dipolar, con una dimensión de su ser autónoma del mundo, y otra que está inmersa por entero en el proceso del mundo y sufre con él. Whitehead imagina esta dipolaridad como una entidad única, denominando 'primordial' a la naturaleza independiente de Dios (su polo mental) y 'consecuente' a su naturaleza dependiente (su polo físico). En contraste, Hartshorne concibe la dipolaridad de Dios por analogía a una persona y, por lo tanto, como una 'sociedad' de entidades; su 'esencia abstracta' es como el carácter permanente de una persona y su 'aspecto concreto' es como los numerosos estados reales de experiencia de una persona.

Este Dios dipolar favorece la aparición de valores en el mundo y cuida de ellos en la riqueza de su propio ser. Influye en el mundo mientras lo aprehende, y a su vez es influido al aprehenderlo. Por tanto, la acción de Dios en el mundo siempre se ve persuasiva y nunca coercitiva. Aunque la forma de influencia de Dios, esto es, su actividad, es comprendida de distinta manera según los diferentes conceptos de dipolaridad divina. Los teólogos que siguen el esquema de Whitehead interpretan a Dios como disfrutando de la visión de todas las posibilidades

que tiene el mundo en su naturaleza primordial; desde este almacén de 'objetos eternos', Dios ofrece objetivos particulares a cada entidad en el comienzo de su proceso de crecimiento. Los teólogos que siguen a Hartshorne piensan que si Dios concibiera todas las posibilidades esto sería limitar la creatividad del propio mundo; ellos comprenden la esencia abstracta de Dios tan sólo como el fundamento de toda posibilidad, de forma que su influencia es sólo general, ofreciendo objetivos que ponen límites a las decisiones particulares de todas las entidades y sociedades terrenas.

La teología del proceso interpreta también una gama de otras doctrinas cristianas a la luz de una visión progresiva de la realidad. Una *teodicea* del proceso explica la existencia del mal y el sufrimiento extendiendo a cada plano de creación la libertad para responder, o no responder, al convincente atractivo de Dios. Una cristología del proceso tiende a comprender la encarnación como la respuesta humana de Jesucristo a los objetivos divinos ofrecidos a toda vida humana. Una escatología del proceso entiende el destino humano final en términos de 'inmortalidad objetiva', o la conservación dentro del ser de Dios de todos los valores que han sido creados en la vida. La comprensión según la filosofía del proceso de la creación desafía la posición central y la dominación de los seres humanos, y afirma la aparición de valores en cualquier parte del mundo natural.

Incluso los teólogos cristianos que rechazan la metafísica del proceso han encontrado valiosas ideas en su visión de la realidad como hecho social. Desde esta perspectiva, el

amor divino siempre implica sufrimiento y la creación es una iniciativa que muestra la cooperación entre Dios y los seres mortales.

Modernismo (teología y filosofía)

INTRODUCCIÓN

Modernismo (teología y filosofía), en teología y filosofía, los intentos de un grupo de científicos y eclesiásticos para reinterpretar la doctrina cristiana en los términos del pensamiento científico del siglo XIX. Esos intentos, aunque no constituían un sistema único, fueron tratados en bloque y llamados modernismo por el Papa Pío X en 1907.

MODERNISMO Y CATOLICISMO

Los modernistas de la Iglesia católica tendían a negar el valor objetivo de las creencias tradicionales y a considerar determinados dogmas de la Iglesia como simbólicos más que como verdades literales. Entre las más importantes figuras de este grupo se encuentran el teólogo irlandés George Tyrrell, el teólogo británico (de familia austriaca) barón Friedrich von Hügel, y el teólogo y orientalista francés Alfred Loisy. Obras como *Vida de Jesús* (1863), del filólogo e historiador francés Ernest Renan, ayudaron a mitigar la autoridad de las enseñanzas de la Iglesia del cristianismo originario.

El modernismo en Europa fue también causa de controversia política. Aquéllos que defendían las opiniones tradicionales sobre la Iglesia y el Estado se oponían a los

modernistas y a su deseo de reformas sociales. Dentro de la Iglesia católica se atacó la centralización organizativa desde Roma y la influencia de la Curia papal. La disciplina de la Iglesia sobre el clero fue cuestionada con gran dureza. Quizás lo más notable fue la petición de los eruditos de trabajar y publicar sin la supervisión de las autoridades eclesiásticas.

La censura del movimiento alcanzó su máximo auge en 1907. El 3 de julio de ese año, un decreto, *Lamentabili sane* ('Con resultados lamentables') fue publicado por el Santo Oficio con la aprobación de Pío X. Enumeraba y condenaba como heréticas, falsas, temerarias, audaces y ofensivas 65 propuestas, 38 de las cuales se referían a la crítica bíblica y el resto al modernismo. El 8 de septiembre del mismo año, el papa publicó una encíclica, *Pascendi dominici gregis* ('De las obligaciones principales'). El modernismo, se afirma en el texto, es una síntesis de todas las herejías, "una alianza entre la fe y la falsa filosofía", resultado de la curiosidad y el "orgullo, que despierta el espíritu de la desobediencia y demanda un compromiso entre la autoridad y la libertad". Pío X concluía su ataque al movimiento el 1 de septiembre de 1910, en un *motu proprio* (mensaje que sólo puede elaborarse por exclusiva iniciativa papal) denominado *Sacrorum antistitum* ('De los obispos sagrados'). Sancionaba todos los artículos de fe católicos y disenta de todos los dogmas condenados por la Iglesia de Roma en cualquier época. En el mismo escrito, se exigía un juramento antimodernista a todos los clérigos de la Iglesia católica.

MODERNISMO Y PROTESTANTISMO

También se había desarrollado un movimiento similar entre los protestantes. Si se aceptaban los hallazgos históricos de los estudiosos bíblicos y la llamada crítica superior, se planteaban cuestiones que no podían ser contestadas en los mismos términos de las creencias tradicionales. La importancia filosófica de la Ilustración, a finales del siglo XVIII, y la revisión contemporánea de los orígenes de la expresión religiosa personal añadieron fuerza a tales materias. Destacados entre los modernistas protestantes fueron los teólogos alemanes Friedrich Schleiermacher y Albrecht Ritschl.

Estos grupos protestantes trataban de encontrar nuevas interpretaciones acerca de la experiencia religiosa y un entendimiento de la historia que pudiera adaptar las implicaciones de la teoría de la evolución y los descubrimientos en psicología, arqueología e historia antigua. En gran parte, negaron la inspiración literaria de la Biblia y la historicidad del Jesucristo de los Evangelios (véase Ciencia bíblica). Insistieron en comportamientos éticos y morales, más que en la adhesión a credos formalizados y sistemáticos, como esencia de la vida cristiana. Implantaron y recondujeron las actividades de los oficiantes religiosos hacia áreas sociales lejanas de la esfera académica y teórica.

Ciencia bíblica

INTRODUCCIÓN

Ciencia bíblica, estudio de la Biblia en el que se aplican todos los recursos del conocimiento contemporáneo que

puedan contribuir a la comprensión de su significado exacto. Se diferencia de otros enfoques de la Biblia, como el de los devotos o el que se centra en exclusiva en su apreciación literaria.

A diferencia de la literatura de otras religiones, la Biblia ha estado sujeta, en cierta medida, a críticas y correcciones por parte de las personas instruidas. Es indudable que esta crítica surgió porque tanto el judaísmo como el cristianismo conciben la religión como un elemento histórico, es decir, el producto de acontecimientos históricos auténticos. Aunque la gran mayoría de los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento son de hecho anónimos, siempre fueron atribuidos, de uno u otro modo, a un autor humano. Por ello se ha considerado legítimo que otros seres humanos los evalúen. Nunca han sido considerados tan sólo como una literatura transmitida por vía directa desde los cielos o tan remota y distante de la condición humana contemporánea como para considerarlos inmunes al estudio crítico. En esto contrastan, por ejemplo, con las escrituras del hinduismo o el islam. Sin embargo, la noción del estudio crítico de la Biblia ha cambiado de una forma radical en el transcurso de los siglos.

LA ERUDICIÓN BÍBLICA PRE-CRÍTICA

A los antiguos eruditos bíblicos judíos y cristianos les preocupaba reconciliar las disparidades provocadas por los autores humanos con sus convicciones de que la Biblia era un producto de la inspiración divina: dictada en persona por Dios al autor humano o sugerida al autor a través de sueños, visiones y otras presentaciones indirectas. Tendía

a hacerse hincapié en el elemento divino a expensas del humano. Los primeros rabinos de Palestina y Babilonia (200-500 d.C.), cuyas discusiones se conservan en las tradiciones judías recopiladas en el Talmud, pretendían alcanzar una coherencia entre las muchas aseveraciones de la Biblia y entre la Biblia y el propio judaísmo, que consideraban una interpretación del Antiguo Testamento inspirada por Dios. Para lograr esta coherencia se realizaron tipos de razonamiento que, a la luz de las normas modernas de la explicación textual, parecen con frecuencia retorcidos y arbitrarios (véase Mishná).

En el mundo helénico, el erudito judío Filón de Alejandría hizo esfuerzos similares para demostrar la correspondencia del Antiguo Testamento con la concepción del mundo de filósofos y científicos griegos. Para lograr esta reconciliación, recurrió al alegorismo (véase Alegoría), el proceso interpretativo en el que se descarta el significado superficial o literal de un texto en favor de un significado más profundo (divino, en este caso) que subyace en el mismo y que sólo puede ser percibido por los iniciados.

La mayoría de los primeros Padres de la Iglesia utilizaron el mismo método. Estaban convencidos de que el significado real del Antiguo Testamento era lo que había llegado a desembocar en el Nuevo Testamento y en las interpretaciones cristianas posteriores. Los primeros intérpretes del Nuevo Testamento tendían a tratar la totalidad del Antiguo Testamento como libro cristiano, en el que todo lo que se hace o se dice tiene un significado sólo en la medida en que simboliza o augura lo que más tarde

se cumplirá en Cristo y en su Iglesia (véase Apócrifos del Nuevo Testamento).

En la actualidad, algunos comentaristas cristianos siguen pensando en el Antiguo Testamento sobre todo en términos de su relevancia para la Iglesia cristiana, tal y como lo hizo el Concilio Vaticano II, al menos en algunas partes de su doctrina con relación a las Escrituras. Esta posición genera ciertas tensiones respecto a lo que ha llegado a conocerse como método histórico-crítico, que contempla y estudia la Biblia como una obra literaria escrita por un autor humano, conformada por los estilos y convenciones literarias de su época.

PRIMEROS ESTUDIOS CRÍTICOS

Ya en la antigüedad se produjeron algunas tentativas de aplicar el método histórico-literario. Aun cuando prevalecía el alegorismo, algunos comentaristas consideraban que existían mejores métodos para explicar la literatura inspirada en la divinidad que la simple presunción de que había sido dictada por Dios a un autor humano. De hecho, el alegorismo de Filón era, en parte, fruto de su convicción de que algunas secciones de las Escrituras no podían reflejar una verdad literal tal y como se afirmaba. Por tanto, la interacción entre Dios y la humanidad para la producción de las Escrituras podía adoptar formas más sutiles de las que, por lo general, supuso Filón, es decir, la revelación que hace Dios, sirviéndose de una persona poseída por Él, a la manera de los oráculos griegos (véase Oráculo).

Entre los cristianos, san Agustín de Hipona en su comentario acerca del significado literal del Génesis (*De Genesi ad Litteram*, 401-415), se muestra muy prudente acerca de la supuesta discrepancia entre la concepción del mundo científico de su época y la de los autores bíblicos. Por ello reconoció la necesidad de analizar, desde una actitud crítica, la concepción bíblica. En Oriente, el sabio Teodoro de Mopsuesto fue aún más lejos. Intentó diferenciar entre el “espíritu profético” (es decir, la revelación divina), responsable de gran parte de la Biblia, y el “espíritu de la sabiduría”, que influyó en algunos escritores bíblicos (como por ejemplo el autor de *Eclesiastés*), a los que según Teodoro, les preocupaban asuntos de opinión o de observación reducidas a la esfera humana.

A pesar de estas y de otras iniciativas similares, no fue sino hasta la Ilustración, en los siglos XVII y XVIII, cuando la Biblia comenzó a ser examinada de forma crítica. La Reforma protestante había reinstaurado el estudio serio de la Biblia tras siglos de abandono, y muy pronto los nuevos métodos que en este periodo evolucionaron hasta convertirse en una ciencia histórica y literaria comenzaron a aplicarse a los textos bíblicos. Entre los primeros críticos de la Biblia pueden mencionarse a Thomas Hobbes, Baruch Spinoza y Richard Simon.

MODALIDADES CRÍTICAS

Cualquiera que intente examinar el texto de la Biblia debe asegurarse primero de que el texto, tal y como ha llegado a sus manos, es el más exacto posible; en segundo lugar, ha

de cobrar conciencia de que la traducción es una forma de interpretación, en la que debe determinarse el significado del texto antes de poder expresarlo en otras palabras. Los críticos, incluso en el periodo precristiano, trabajaban con material traducido, y tanto ellos como los especialistas posteriores comprendieron la necesidad de remontarse a las formas más antiguas posibles de los textos para fijar su significado original. Por ello, gran parte de la primera crítica de los textos estuvo dedicada a la determinación de un texto exacto. Los reformadores protestantes deseaban ver la Biblia en manos de los laicos, y los traductores de los siglos XVI y XVII se aplicaron en la búsqueda de textos que garantizaran las mejores traducciones posibles. A partir de sus investigaciones y de manuscritos descubiertos en el siglo XVIII se desarrollaron los métodos de la crítica de textos.

Crítica textual

La crítica pretende establecer qué se escribió en los textos originales, con independencia de su significado o relevancia. La crítica textual se sirve para ello de dos métodos: los criterios externos e internos. Los criterios externos consisten en las propiedades físicas de los propios manuscritos, su material, antigüedad y estilo de escritura, y en la historia de los manuscritos. (No se ha hallado ningún texto autógrafo de ningún autor bíblico, y es muy poco probable que algo así suceda alguna vez). Los manuscritos rescatados del Antiguo Testamento datan sólo de los tiempos cristianos, siglos después de la fecha de su composición primigenia. Sin embargo, la evidencia de las antiguas versiones (la Septuaginta griega y la Vulgata

latina) y de fragmentos pre-masoréticos (véase Masora), sugieren que el texto normativo en hebreo que ha llegado hasta nuestros días ha sido mantenido con extraordinaria fidelidad. Por otra parte, el Nuevo Testamento es el texto antiguo mejor autenticado que se ha conservado en cualquier tradición. Los manuscritos completos y casi completos del Nuevo Testamento datan del siglo IV y numerosos fragmentos existentes fueron al parecer copiados a lo largo del siglo siguiente a la fecha original de su composición. Aunque entre estos manuscritos pueden hallarse, en la práctica, miles de lecturas distintas, en el 90% de los casos se trata de cuestiones incidentales (como por ejemplo, la sustitución de un sinónimo por otro) y presentan problemas que el estudio textual puede resolver con relativa facilidad.

En cualquier caso, el crítico siempre tendrá que fijar sus propios criterios de análisis para determinar si un manuscrito es válido o no. Se trata sólo de principios de sentido común, según los cuales, una determinada lectura se considera que tiene más probabilidades de ser el original que otra. Así, una versión más corta suele considerarse por lo general más válida que una más larga, por la sencilla razón de que un copista tiende a ampliar el texto (por explicar un término que haya caído en desuso o por otras razones) que a comprimirlo. De igual modo, se supone que, entre dos textos, el más difícil es el que tiene mayores probabilidades de ser original, ya que la tendencia del escriba habrá sido explicar o resolver problemas de interpretación, en lugar de crearlos.

Crítica histórico-literaria

En los siglos XVIII y XIX, y sobre todo en Alemania, la crítica evolucionó hacia un estadio superior. Hacia finales del siglo XIX había despertado una tremenda oposición entre quienes lo consideraban un ataque contra la fiabilidad de las Escrituras. En cierta medida, esta oposición todavía no ha desaparecido, aunque la gran mayoría de los especialistas bíblicos consideran que esta evolución es el único método aceptable para determinar el auténtico significado bíblico.

El método histórico-literario pone el acento en la formulación de cuestiones de interpretación y de relevancia, ya que le preocupan problemas como, por ejemplo, quién escribió el libro, sobre en qué fuentes se basó el autor, en qué medida se trataba de fuentes fiables, qué les ocurrió durante el proceso de transmisión y edición, y cómo se ha alterado el mensaje de la palabra bíblica en el transcurso de este proceso. En síntesis, este método plantea los mismos interrogantes sobre fiabilidad y validez que formularía cualquiera que intentara determinar la credibilidad de cualquier afirmación oral o escrita procedente del pasado.

La crítica histórico-literaria ha molestado a diversos sectores del pensamiento cristiano porque dejó en evidencia que algunas afirmaciones de la Biblia no pueden constituirse como una verdad literal si se las juzga con pruebas históricas o factuales, y que varios escritos bíblicos no pueden ser obra de aquéllos a quienes se los ha atribuido la tradición. Resulta una paradoja que este método crítico es hoy objeto de ataques por parte de quienes consideran que la vitalidad del material bíblico

estudiado queda a menudo en segundo plano durante un examen académico.

Crítica formal

Otra dimensión del método histórico-literario es la crítica formal. Este concepto se basa en la hipótesis de que un texto literario puede expresarse de diversos modos. El mismo acontecimiento o suceso puede relatarse con un estilo poético o limitarse a dar cuenta de los hechos. Cada forma lingüística literaria tiene su propia validez. Por tanto, la existencia de una amplia variedad formal en la Biblia ayuda a defender la “verdad” bíblica contra las objeciones de que su texto se aparta de una aseveración uniforme de hechos sencillos y sin adornos.

Una vez identificado el texto, el crítico debe evaluar la situación histórica o *Sitz im Leben* ('situación de vida') que dio lugar a determinadas formas. Esta técnica fue aplicada por primera vez al Antiguo Testamento, de forma muy destacada por el pionero alemán de la ciencia bíblica, Hermann Gunkel. Intentó agrupar los relatos del Génesis en narraciones etiológicas, es decir, historias que en su opinión fueron creadas para explicar el origen de las características de una tradición existente. Por ejemplo, Gunkel creía que Génesis 9,20-27 explicaba por qué los cananeos estaban sometidos a los israelitas. Otros pasajes fueron incluidos en el Génesis para explicar los nombres, Gén. 25,26 donde se describe el origen del nombre de Jacob. Gunkel consideraba que los versículos como Gén. 28,10-19 eran explicaciones de las leyendas del culto

atribuidas a lugares sagrados como Betel. *Veáse también* Mitología.

En la exégesis del Nuevo Testamento se han aplicado los mismos principios al estudio de la formación de los Evangelios en la Iglesia primitiva. También los relatos de cada evangelio son narraciones aisladas (denominadas historias de “conflicto”, de “pronunciamiento” o “milagrosas” que tienen a Jesús como protagonista). Por ello los especialistas examinan el motivo original por el que se escribieron estos relatos, intentando descubrir qué revelan acerca de la Iglesia que los generó.

La crítica estilística

Otro aspecto del método histórico-literario que ha pasado desde el criticismo del Antiguo Testamento al del Nuevo es el análisis estilístico, que tiene que ver con el papel de los copistas que trabajaron con un texto durante uno u otro periodo, y que analiza sus procedimientos y motivaciones. Desde hace mucho tiempo se acepta que la Torá, Profetas e incluso los Hagiográficos (en especial Salmos y Proverbios) no son obra de un único autor, sino de varios cuyas obras fueron unificadas por exegetas posteriores. Se ha demostrado que ése es el caso de los Evangelios. Obras, que en otro tiempos se consideraban producto de un único individuo identificable (Mateo, Marcos, Lucas o Juan), son hoy reconocidas como el resultado final de una escuela, una iglesia, una comunidad o una persona que trabajaba para ésta, que se legó a la tradición común existente y la adaptó a sus necesidades.

La crítica estilística se limita a afirmar que el significado bíblico se desarrolló en las diversas fases de la historia de la comunidad de la fe que generó el texto bíblico. La tarea del intérprete consiste en decidir a qué fase de desarrollo debe asignarse el sentido último del texto. Por ejemplo, ¿debe buscarse el texto profético en las palabras de Amós en la medida en que pueden reconstruirse a partir de la obra editada que hoy existe en la Biblia, o tomar el libro de Amós tal como es en la actualidad, una profecía de salvación (Am. 9,11-15) en lugar de la predicción de una calamidad inexorable? La mayoría de los comentaristas prefiere analizar Amós en su forma antigua, no editada. Por otra parte, suele darse por supuesto que el sentido de los Evangelios es lo que sus redactores hicieron que significase, en lugar de mantener el significado de la tradición original sobre la que se basaban. En cuanto al Antiguo Testamento surge un problema especial —al menos para los cristianos— como consecuencia del ulterior desarrollo de las escrituras hebreas en la Septuaginta griega, que se convirtió en la Biblia del Nuevo Testamento y de la Iglesia primitiva. Incluso los traductores e intérpretes cristianos de la Biblia de nuestros días prefieren utilizar, casi sin excepción, el hebreo, no sólo como punto de partida para la reconstrucción del texto bíblico sino también para determinar su significado.

Estructuralismo

Evolución reciente en la crítica literaria, el estructuralismo hace hincapié en el texto en su forma final y acabada, desviándose así de su historia. Estudia también la correspondencia de la Biblia con las literaturas de otras

culturas, tal como queda en evidencia a partir de las estructuras comunes que asumieron al relatar historias semejantes de una forma similar. Su relevancia para la interpretación es significativa, ya que intenta llegar a una psicología humana universal, por lo que sugiere que un texto puede tener un significado que está más allá de la comprensión de su autor.

La Doctrina de Dios

Palabra de Dios

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- Las Sagradas Escrituras, que abarcan el Antiguo y el Nuevo Testamento, constituyen la Palabra de Dios escrita, transmitida por inspiración divina mediante santos hombres de Dios que hablaron y escribieron siendo impulsados por el Espíritu Santo. Por medio de esta Palabra, Dios ha comunicado a los seres humanos el conocimiento necesario para alcanzar la salvación. Las Sagradas Escrituras son la infalible revelación de la voluntad divina. Son la norma del carácter, el criterio para evaluar la experiencia, la revelación autorizada de las doctrinas, y un registro fidedigno de los actos de Dios realizados en el curso de la historia.

(2 Pedro 1:20,21; 2 Timoteo 3:16,17; Salmos 119:105; Proverbios 30:5,6; Isaías 8:20; Juan 17:17; 1 Tesalonicenses 2:13; Hebreos 4:12)

La Deidad

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- Hay un sólo Dios, que es una unidad de tres personas coeternas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este Dios uno y trino es inmortal, todopoderoso, omnisapiente, superior a todos y omnipresente. Es infinito y escapa a la comprensión humana, no obstante lo cual se lo puede conocer mediante su propia revelación que ha efectuado de sí mismo. Es eternamente digno de reverencia, adoración y servicio por parte de toda la creación.

(Deuteronomio 6:4; Mateo 28:19; 2 Corintios 13:14; Efesios 4:4-6; 1 Pedro 1:2; 1 Timoteo 1:17; Apocalipsis 14:7)

Dios el Padre

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Dios el Padre Eterno, es el Creador, Origen, Sustentador y Soberano de toda la creación. Es justo, santo, misericordioso y clemente, tardo para la ira y abundante en amor y fidelidad. Las cualidades y las facultades del Padre se manifiestan también en el Hijo y el Espíritu Santo.

(Génesis 1:1; Apocalipsis 4:11; 1 Corintios 15:28; Juan 3:16; 1 Juan 4:8; 1 Timoteo 1:17; Éxodo 38:6,7; Juan 14:9)

Dios el Hijo

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Dios el Hijo Eterno es uno con el Padre. Por medio de él fueron creadas todas las cosas; él revela el carácter de Dios, lleva a cabo la salvación de la humanidad y juzga al mundo. Aunque es verdaderamente Dios, sempiterno, también llegó a ser verdaderamente hombre, Jesús el Cristo. Fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen

María. Vivió y experimentó tentaciones como ser humano, pero ejemplificó perfectamente la justicia y el amor de Dios. Mediante sus milagros manifestó el poder de Dios y éstos dieron testimonio de que era el prometido Mesías de Dios. Sufrió y murió voluntariamente en la cruz por nuestros pecados y en nuestro lugar, resucitó de entre los muertos y ascendió al Padre para ministrar en el santuario celestial en nuestro favor. Volverá otra vez con poder y gloria para liberar definitivamente a su pueblo y restaurar todas las cosas.

(Juan 1.1-3,14; Colosenses 1:15-19; Juan 10:30; 14:19; Romanos 6:23; 2 Corintios 5:17-19; Juan 5:22; Lucas 1:35; Filipenses 2:5-11; Hebreos 2:9-18; 1 Corintios 15:3,4; Hebreos 8:1,2; Juan 14:1-3)

Dios el Espíritu Santo

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Dios el Espíritu Santo estuvo activo con el Padre y el Hijo en ocasión de la creación, la encarnación y la redención. Inspiró a los autores de las Escrituras. Infundió poder a la vida de Cristo. Atrae y convence a los seres humanos; y a los que responden, renueva y transforma a imagen de Dios. Enviado por el Padre y el Hijo está siempre con sus hijos, distribuye dones espirituales a la iglesia, la capacita para dar testimonio en favor de Cristo, y en armonía con las Escrituras conduce a toda verdad.

(Génesis 1:1,2; Lucas 1:35; 4:18; Hechos 10:38; 2 Pedro 1:21; 2 Corintios 3:18; Efesios 4:11,12; Hechos 1:8; Juan 14:16-18,26; 15:26,27; 16:7-13)

La Doctrina del Hombre

La Creación

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- Dios es el Creador de todas las cosas, y ha revelado por medio de las Escrituras un informe auténtico de su actividad creadora. El Señor hizo en seis días "los cielos y la tierra" y todo ser viviente que la puebla, y reposó el séptimo día de la primera semana. De ese modo determinó que el sábado fuera un monumento perpetuo de la finalización de su obra creadora. El primer hombre y la primera mujer fueron hechos a imagen de Dios como corona de la creación; se les dio dominio sobre el mundo y la responsabilidad de tenerlo bajo su cuidado. Cuando el mundo quedó terminado era "bueno en gran manera", porque declaraba la gloria de Dios.

(Génesis 1; 2; Éxodo 20:8-11; Salmos 19:1-6; 33:6,9; 104; Hebreos 11:3)

La Naturaleza del Hombre

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- El hombre y la mujer fueron hechos a imagen de Dios, con individualidad propia y con la facultad y la libertad de pensar y obrar por su cuenta. Aunque fueron creados como seres libres, cada uno es una unidad indivisible de cuerpo, mente y alma que depende de Dios para la vida, el aliento y todo lo demás. Cuando nuestros primeros padres desobedecieron a Dios, negaron su dependencia de él y cayeron de la elevada posición que ocupaban bajo Dios. La imagen de Dios se desfiguró en ellos y quedaron sujetos a la muelle. Sus descendientes participan de esta naturaleza degradada y de sus

consecuencias. Nacen con debilidades y tendencias hacia el mal. Pero Dios [en Cristo] reconcilió al mundo consigo mismo, y por medio de su Espíritu restaura en los mortales penitentes la imagen de su Hacedor. Creados para gloria de Dios, se los invita a amar al Señor y a amarse mutuamente, y a cuidar el ambiente que los rodea.

(Génesis 1:26-28; 2:7,15; 3; Salmos 8:4-8; 51:5,10; Hechos 17: 24-28; Romanos 5:12-17; 2 Corintios 5:19,20; 1 Juan 4:7,8,11,20)

La Doctrina de la Salvación

El Gran Conflicto

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- La humanidad entera se encuentra envuelta en un conflicto de proporciones extraordinarias entre Cristo y Satanás en torno al carácter de Dios, a su ley y a su soberanía sobre el universo. Este conflicto se originó en el cielo cuando un ser creado, dotado de libre albedrío, se exaltó a sí mismo y se convirtió en Satanás, el adversario de Dios, e instigó a rebelarse a una porción de los ángeles. Introdujo el espíritu de rebelión en este mundo cuando indujo a pecar a Adán y a Eva. El pecado de los seres humanos produjo como resultado la desfiguración de la imagen de Dios en la humanidad, el trastorno del mundo creado y posteriormente su completa devastación en ocasión del diluvio universal. Observado por toda la creación, este mundo se convirtió en el campo de batalla del conflicto universal, a cuyo término el Dios de amor quedará finalmente vindicado. Para ayudar a su pueblo en este conflicto, Cristo envía al

Espíritu Santo y a los ángeles leales para que lo guíen, lo protejan y lo sustenten en el camino de la salvación.

(Apocalipsis 12:4-9; Isaías 14:12-14; Ezequiel 28:12-18, Génesis 3; Romanos 1:19-32; 5:12-21; 8:19-22; Génesis 6:8; 2 Pedro 3:6, 1 Corintios 4:9; Hebreos 1:14)

La Vida, Muerte y Resurrección de Jesucristo

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- Mediante la vida de Cristo, de perfecta obediencia a la voluntad de Dios, y sus sufrimientos, su muerte y su resurrección, Dios proveyó el único medio válido para expiar el pecado de la humanidad, de manera que los que por fe acepten esta expiación puedan tener acceso a la vida eterna, y toda la creación pueda comprender mejor el infinito y santo amor del Creador. Esta expiación perfecta vindica la justicia de la ley de Dios y la benignidad de su carácter, porque condena nuestro pecado y al mismo tiempo hace provisión para nuestro perdón. La muerte de Cristo es v caria y expiatoria, reconciliadora y transformadora. La resurrección de Cristo proclama el triunfo de Dios sobre las fuerzas del mal, y a los que aceptan la expiación les asegura la victoria final sobre el pecado y la muerte. Declara el señorío de Jesucristo, ante quien se doblará toda rodilla en el cielo y en la tierra.

(Juan 3:16; Isaías 53; 1 Pedro 2: 21, 22; 1 Corintios 15: 3,4,20-22; 2 Corintios 5:14,15,19-21; Romanos 1:4; 3:25; 4:25; 8:3,4; 1 Juan 2:2; 4:10; Colosenses 2:15; Filipenses 2:6-11)

La Experiencia de la Salvación

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Con amor y misericordia infinitos Dios hizo que Cristo, que no conoció pecado, fuera hecho pecado por nosotros, para que nosotros pudiésemos ser hechos justicia de Dios en él. Guiados por el Espíritu Santo experimentamos nuestra necesidad, reconocemos nuestra pecaminosidad, nos arrepentimos de nuestras transgresiones, y ejercemos fe en Jesús como Señor y Cristo, como sustituto y ejemplo. Esta fe que recibe salvación nos llega por medio del poder divino de la Palabra y es un don de la gracia de Dios. Mediante Cristo somos justificados, adoptados como hijos e hijas de Dios y librados del señorío del pecado. Por medio del Espíritu nacemos de nuevo y somos santificados; el Espíritu renueva nuestra mente, graba la ley de amor de Dios en nuestros corazones y nos da poder para vivir una vida santa. Al permanecer en él somos participantes de la naturaleza divina y tenemos la seguridad de la salvación ahora y en ocasión del juicio.

(2 Corintios 5:17-21; Juan 3:16; Gálatas 1:4; 4:4-7; Tito 3:3,7; Juan 16:8; Gálatas 3:13,14; 1 Pedro 2:21,22; Romanos 10:17; Lucas 17:5, Marcos 9:23,24; Efesios 2:5-10; Romanos 3:21-26; Colosenses 1:13,14; Romanos 8:14-17; Gálatas 3:26; Juan 3:3-8; 1 Pedro 1:23; Romanos 12:2; Hebreos 8:7-12; Ezequiel 36:25-27, 2 Pedro 1:3,4; Romanos 8:1-4; 5:6-10)

La Doctrina de la Iglesia

La Iglesia

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- La iglesia es la comunidad de creyentes que confiesa que Jesucristo es Señor y Salvador. Como continuadores del pueblo de Dios del Antiguo Testamento, se nos invita a salir del mundo; y nos reunimos para adorar y estar en comunión unos con otros, para recibir instrucción en la Palabra, celebrar la Cena del Señor, para servir a toda la humanidad y proclamar el Evangelio en todo el mundo. La iglesia deriva su autoridad de Cristo, que es el Verbo encarnado, y de las Escrituras que son la Palabra escrita. La iglesia es la familia de Dios; somos adoptados por él como hijos y vivimos sobre la base del nuevo pacto. La iglesia es el cuerpo de Cristo, una comunidad de fe de la cual Cristo mismo es la cabeza. La iglesia es la esposa por la cual Cristo murió para poder santificarla y purificarla. Cuando regrese en triunfo, se la presentará como una iglesia gloriosa, es a saber, los fieles de todas las edades, adquiridos por su sangre, sin mancha ni arruga, santos e inmaculados

(Génesis 12:3; Hechos 7:38, Efesios 1:22,23; 2: 19-22; ; 3:8-11; 4:11-15, 5:23-27; Mateo 16: 13-20, 18:18, 28:11,20; Colosenses 1:17,18)

El Remanente y su Misión

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- La iglesia universal está compuesta por todos los que creen verdaderamente en Cristo, pero en los últimos días, una época de apostasía generalizada, se ha llamado a un remanente para que guarde los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Este remanente anuncia la hora del juicio, proclama salvación por medio de Cristo y anuncia la proximidad de su segunda venida. Esta

proclamación está simbolizada por los tres ángeles de Apocalipsis 14; coincide con la hora del juicio en el cielo y da como resultado una obra de arrepentimiento y reforma en la tierra. Todo creyente recibe la invitación de participar personalmente en este testimonio mundial.

(Apocalipsis 12:17; 14:6-12; 18:1-4; 2 Corintios 5:10; Judas 3,14; 1 Pedro 1:16-19; 2 Pedro 3:10-14, Apocalipsis 21:1-14)

La Unidad del Cuerpo de Cristo

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- La iglesia es un cuerpo constituido por muchos miembros que proceden de toda nación, raza, lengua y pueblo. En Cristo somos una nueva creación; las diferencias de raza, cultura, educación y nacionalidad, entre encumbrados y humildes, ricos y pobres, hombres y mujeres, no deben causar divisiones entre nosotros. Todos somos iguales en Cristo, quien por un mismo Espíritu nos ha unido en comunión con él y los unos con los otros. Debemos servir y ser servidos sin parcialidad ni reservas. Por medio de la revelación de Jesucristo en las Escrituras participamos de la misma fe y la misma esperanza, y salimos para dar a todos el mismo testimonio. Esta unidad tiene sus orígenes en la unicidad del Dios triuno, que nos ha adoptado como hijos.

(Romanos 12:4,5; 1 Corintios 12:12-14; Mateo 28:19,20; Salmos 133:1; 2 Corintios 5:16,17; Hechos 17:26,27; Gálatas 3:27,29; Colosenses 3:10-15; Efesios 4:4-16; 4:1-6; Juan 17:20-23)

El Bautismo

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Por medio del bautismo confesamos nuestra fe en la muerte y resurrección de Jesucristo, y damos testimonio de nuestra muerte al pecado y de nuestro propósito de andar en novedad de vida. De este modo reconocemos a Cristo como nuestro Señor y Salvador, llegamos a ser su pueblo y somos recibidos como miembros de su iglesia. El bautismo es un símbolo de nuestra unión con Cristo, del perdón de nuestros pecados y de nuestra recepción del Espíritu Santo. Se realiza por inmersión en agua, y está íntimamente vinculado con una afirmación de fe en Jesús y con evidencias de arrepentimiento del pecado. Sigue a la instrucción en las Sagradas Escrituras y a la aceptación de sus enseñanzas.

(Romanos 6:1-6; Colosenses 2:12,13; Hechos 2:38; 16:30-33; 22:16; Mateo 28:19, 20)

La Cena del Señor

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- La Cena del Señor es una participación en los emblemas del cuerpo y la sangre de Jesús como expresión de fe en él, nuestro Señor y Salvador. En esta experiencia de comunión Cristo está presente para encontrarse con su pueblo y fortalecerle. Al participar en ella, proclamamos gozosamente la muerte del Señor hasta que venga. La preparación para la Cena incluye un examen de conciencia, arrepentimiento y confesión. El Maestro ordenó el rito de humildad (lavamiento de los pies) para

manifestar una renovada purificación, expresar disposición a servirnos mutuamente y con humildad cristiana, y unir nuestros corazones en amor. Todos los creyentes cristianos pueden participar del servicio de comunión.

(1 Corintios 10:16,17, 11:23-30; Mateo 26: 17-30; Apocalipsis 3:20, Juan 6:48-63; 13:1-17)

Dones y Ministerios Espirituales

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Dios concede a todos los miembros de su iglesia en todas las edades dones espirituales para que cada miembro los emplee en amante ministerio por el bien común de la iglesia y la humanidad. Concedidos mediante la operación del Espíritu Santo, quien los distribuye entre cada miembro según su voluntad, los dones proveen todos los ministerios y habilidades necesarios para que la iglesia cumpla su función divinamente ordenada. De acuerdo con las Escrituras estos dones incluyen ministerios tales como fe, sanidad, profecía, predicación, enseñanza, administración, reconciliación, compasión y servicio abnegado y caridad para ayudar y animar a nuestros semejantes. Algunos miembros son llamados por Dios y dotados por el Espíritu para cumplir funciones reconocidas por la iglesia en los ministerios pastoral, de evangelización, apostólico y de enseñanza, particularmente necesarios afín de equipar a los miembros para el servicio, edificar a la iglesia de modo que alcance madurez espiritual, y promover la unidad de la fe y el conocimiento de Dios. Cuando los miembros emplean estos dones espirituales como fieles mayordomos de las

numerosas gracias de Dios, la iglesia es protegida de la influencia destructora de las falsas doctrinas, crece gracias a un desarrollo que procede de Dios, y es edificada en la fe y el amor.

(Romanos 12:4-8; 1 Corintios 12:9-11,27,28; Efesios 4:8,11-16; Hechos 6:1-7; 1 Timoteo 3:1-13, 1 Pedro 4:10,11)

El Don de Profecía

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Uno de los dones del Espíritu Santo es el de profecía. Este don es una de las características de la iglesia remanente y se manifestó en el ministerio de Elena G. de White. Como mensajera del Señor, sus escritos son una permanente y autorizada fuente de verdad, y proveen consuelo, dirección, instrucción y corrección a la iglesia. También establecen con claridad que la Biblia es la norma por la cual deben ser evaluadas todas las enseñanzas y toda experiencia.

(Joel 2:28,29; Hechos 2:14-21; Hebreos 1:1-3; Apocalipsis 112:17; 19:10)

La Doctrina de la Vida Cristiana

La Ley de Dios

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- Los grandes principios de la ley de Dios están incorporados en los Diez Mandamientos y ejemplificados en la vida de Cristo. Expresan el amor, la voluntad y el propósito de Dios con

respecto a la conducta y a las relaciones humanas, y están en vigencia para todos los seres humanos de todas las épocas. Estos preceptos constituyen la base del pacto de Dios con su pueblo y la norma del juicio divino. Por medio de la obra del Espíritu Santo señalan el pecado y avivan la necesidad de un Salvador. La salvación es sólo por gracia y no por obras, pero su fruto es la obediencia a los mandamientos. Esta obediencia desarrolla el carácter cristiano y da como resultado una sensación de bienestar. Es una evidencia de nuestro amor al Señor y preocupación por nuestros semejantes. La obediencia por fe demuestra el poder de Cristo para transformar vidas y por lo tanto fortalecer el testimonio cristiano.

(Éxodo 20:1-17; Salmos 40:7,8; Mateo 22:36-40; Deuteronomio 28:1-14; Mateo 5:17-20; Hebreos 8:8-10; Juan 15:7-10; Efesios 2:8-10; 1 Juan 5:3; Romanos 8:3,4; Salmos 19:7-14)

El Sábado

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- El benéfico Creador descansó el séptimo día después de los seis días de la Creación, e instituyó el sábado para todos los hombres como un monumento de la Creación. El cuarto mandamiento de la inmutable ley de Dios requiere la observancia del séptimo día como día de reposo, culto y ministerio, en armonía con las enseñanzas y la práctica de Jesús, el Señor del sábado. El sábado es un día de deliciosa comunión con Dios y con nuestros hermanos. Es un símbolo de nuestra redención en Cristo, una señal de santificación, una demostración de nuestra lealtad y una anticipación

de nuestro futuro eterno en el reino de Dios. El sábado es la señal perpetua de Dios del pacto eterno entre él y su pueblo. La gozosa observancia de este tiempo sagrado de tarde a tarde, depuesta de sol a puesta de sol, es una celebración de la obra creadora y redentora de Dios.

(Génesis 2:1-3; Éxodo 20:8-11; 31:13-17; Lucas 4:16; Isaías 56:5,6; 58:13,14; Mateo 12:1-12; Ezequiel 20:12,20; Deuteronomio 5:12-15; Hebreos 4:1-11; Levíticos 23:32; Marcos 1:32)

La Mayordomía

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Somos mayordomos de Dios, a quienes él ha confiado tiempo y oportunidades, capacidades y posesiones, y las bendiciones de la tierra y sus recursos. Somos responsables ante él por su empleo adecuado. Reconocemos que Dios es dueño de todo mediante nuestro fiel servicio a él y a nuestros semejantes, y al devolver los diezmos y al dar ofrendas para la proclamación de su Evangelio y para el sostén y desarrollo de su iglesia. La mayordomía es un privilegio que Dios nos ha concedido para que crezcamos en amor y para que logremos la victoria sobre el egoísmo y la codicia. El mayordomo fiel se regocija por las bendiciones que reciben los demás como fruto de su fidelidad

(Génesis 1:26-28; 2:15; 1 Crónicas 29:14; Hageo 1:3-11; Malaquías 3:8-12; 1 Corintios 9:9-14; Mateo 23:23; 2 corintios 8:1-15; Romanos 15:26,27)

La Conducta Cristiana

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- Se nos invita a ser gente piadosa que piensa, siente y obra en armonía con los principios del cielo. Para que el Espíritu vuelva a crear en nosotros el carácter de nuestro Señor, participamos solamente de lo que produce pureza, salud y gozo cristianos en nuestra vida. Esto significa que nuestras recreaciones y entretenimientos estarán en armonía con las más elevadas normas de gusto y belleza cristianos. Si bien reconocemos diferencias culturales, nuestra vestimenta debiera ser sencilla, modesta y pulcra como corresponde a aquellos cuya verdadera belleza no consiste en el adorno exterior, sino en el inmarcesible ornamento de un espíritu apacible y tranquilo. Significa también que puesto que nuestros cuerpos son el templo del Espíritu Santo, debemos cuidarlos inteligentemente. Junto con practicar ejercicios adecuados, y descansar, debemos adoptar un régimen alimentarlo lo más saludable posible, y abstenernos de alimentos impuros identificados como tales en las Escrituras. Puesto que las bebidas alcohólicas, el tabaco y el empleo irresponsable de drogas y narcóticos son dañinos para nuestros cuerpos, también nos abstendremos de ellos. En cambio, nos dedicaremos a todo lo que ponga nuestros pensamientos y cuerpos en armonía con la disciplina de Cristo, quien quiere que gocemos de salud, de alegría y de todo lo bueno.

(Levíticos 11:1-47; Romanos 12:1,2; 1 Juan 2:6; Efesios 5:1-21; Filipenses 4:8; 1 Corintios 6:19,20; 10:31; 2 Corintios 6:14-7:1; 10:5; 1 Pedro 3:1-4; 3 Juan 2)

El Matrimonio y la Familia

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- El matrimonio fue establecido por Dios en el Edén, y confirmado por Jesús, para que fuera una unión por toda la vida entre un hombre y una mujer en amante compañerismo. Para el cristiano el matrimonio es un compromiso a la vez con Dios y con su cónyuge, y este paso debieran darlo sólo personas que participan de la misma fe. El amor mutuo, el honor, el respeto y la responsabilidad, son la trama y la urdimbre de esta relación, que debiera reflejar el amor, la santidad, la intimidad y la perdurabilidad de la relación que existe entre Cristo y su iglesia. Con respecto al divorcio, Jesús enseñó que la persona que se divorcia, a menos que sea por causa de fornicación, y se casa con otra, comete adulterio. Aunque algunas relaciones familiares están lejos de ser ideales, los socios en la relación matrimonial que se consagran plenamente el uno al otro en Cristo pueden lograr una amorosa unidad gracias a la dirección del Espíritu y al amante cuidado de la iglesia. Dios bendice la familia y es su propósito que sus miembros se ayuden mutuamente hasta alcanzar la plena madurez. Los padres deben criar a sus hijos para que amen y obedezcan al Señor. Mediante el precepto y el ejemplo debieran enseñarles que Cristo disciplina amorosamente, que siempre es tierno y que se preocupa por sus criaturas, y que quiere que lleguen a ser miembros de su cuerpo, la familia de Dios. Un creciente acercamiento familiar es uno de los rasgos característicos del último mensaje evangélico.

(Génesis 2:8-25; Éxodo 20:12; Deuteronomio 6:5-9; Proverbios 22:6; Malaquías 4.5,6; Mateo 5:31,32; 19:3-9; Marcos 10:11,12; Lucas 16:18; Juan 2:1-11; 1 Corintios 7:10,11; 2 Corintios 6:14; Efesios 5:21-33; 6:1-4)

La Doctrina de los Acontecimientos Finales

El Ministerio de Cristo en el santuario celestial

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- Hay un santuario en el cielo, el verdadero tabernáculo que el Señor erigió y no el hombre. En él Cristo ministra en nuestro favor, para poner a disposición de los creyentes los beneficios de su sacrificio expiatorio ofrecido una vez y para siempre en la cruz. Llegó a ser nuestro gran Sumo Sacerdote y comenzó su ministerio intercesor en ocasión de su ascensión. En 1844, al concluir el período profético de los 2.300 días, entró en el segundo y último aspecto de su ministerio expiatorio. Esta obra es un juicio investigador que forma parte de la eliminación definitiva del pecado, representada por la purificación del antiguo santuario judío en el día de la expiación. En el servicio simbólico el santuario se purificaba mediante la sangre de los sacrificios de animales, pero las cosas celestiales se purificaban mediante el perfecto sacrificio de la sangre de Jesús. El juicio investigador pone de manifiesto frente a las inteligencias celestiales quiénes de entre los muertos duermen en Cristo y por lo tanto se los considerará dignos, en él, de participar de la primera resurrección. También aclara quiénes están morando en Cristo entre los que viven, guardando los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, y por lo tanto estarán listos en él para ser trasladados a su reino eterno. Este juicio vindica la justicia de Dios al salvar a los que creen en Jesús. Declara que los que permanecieron leales a Dios recibirán el reino. La conclusión de este ministerio de Cristo señalará

el fin del tiempo de prueba otorgado a los seres humanos antes de su segunda venida.

(Levíticos 16:16; Números 14:34; Daniel 7:9-27; 8:13,14; 9:23-27; Ezequiel 4:6; Hebreos 1:3, 2:16,17; 4:14-16; 8:1-5; 9:11-28; 10:19-22; Apocalipsis 14:6,7; 20:12; 14:12; 22:12)

La Segunda Venida de Cristo

Los Adventistas del Séptimo Día creen que...

- La segunda venida de Cristo es la bienaventurada esperanza de la iglesia, la gran culminación del Evangelio. La venida del Salvador será literal, personal, visible y de alcance mundial. Cuando regrese, los justos muertos resucitarán y junto con los justos vivos serán glorificados y llevados al cielo, pero los impíos morirán. El hecho de que la mayor parte de las profecías esté alcanzando su pleno cumplimiento, unido a las presentes condiciones del mundo, nos indica que la venida de Cristo es inminente. El momento cuando ocurrirá este acontecimiento no ha sido revelado, y por lo tanto se nos exhorta a estar preparados en todo tiempo.

(Mateo 24; Marcos 13; Lucas 21; Juan 14:1-3; Hechos 1:9-11; 1 Corintios 15:51-54; Tito 2:13; Hebreos 9:28; 2 Timoteo 3:1-5; 1 Tesalonicenses 4:13-18; 5:1-6; 2 Tesalonicenses 1:7-10, 2:8; Apocalipsis 1:7; 14:14-20, 19:11-21)

La Muerte y la Resurrección

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- La paga del pecado es muerte; pero Dios, el único que es inmortal, otorgará vida eterna a sus

redimidos. Hasta ese día, la muerte constituye un estado de inconsciencia para todos los que hayan fallecido. Cuando Cristo, nuestra vida, aparezca, los justos resucitados y los justos vivos serán glorificados y arrebatados para salir al encuentro de su Señor. La segunda resurrección, la resurrección de los impíos, ocurrirá mil años más tarde.

(Eclesiastés 9:5,6; Salmos 146:3,4; Juan 5:28,29; 11:11-14; 1 Corintios 15:51-54; Romanos 6:23; Colosenses; 3:4; Tesalonicenses 4:13-17; 1 Timoteo 6:15,16; Apocalipsis 20:1-10)

El Milenio y el Fin del Pecado

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- El milenio es el reino de mil años de Cristo con sus santos en el cielo que se extiende entre la primera resurrección y la segunda. Durante ese tiempo serán juzgados los impíos. La tierra estará completamente desolada, sin habitantes humanos, pero sí ocupada por Satanás y sus ángeles. Al terminar ese período, Cristo y sus santos, junto con la Santa Ciudad, descenderán del cielo a la tierra. Los impíos muertos resucitarán entonces, y junto con Satanás y sus ángeles rodearán la ciudad; pero el fuego de Dios los consumirá y purificará la tierra. De ese modo el universo será librado del pecado y de los pecadores para siempre.

(Jeremías 4:23-26; Ezequiel 28:18,19; Malaquías 4:1; 1 Corintios 6:2,10; Apocalipsis 20; 21:1-5)

La Tierra Nueva

Los Adventistas del Séptimo Día Creen que...

- En la tierra nueva, donde morarán los justos, Dios proporcionará un hogar eterno para los redimidos y un ambiente perfecto para la vida, el amor y el gozo sin fin, y para aprender junto a su presencia. Porque allí Dios mismo morará con su pueblo, y el sufrimiento y la muerte terminarán para siempre. El gran conflicto habrá terminado y el pecado no existirá más. Todas las cosas, animadas e inanimadas, declararán que Dios es amor, y él reinará para siempre jamás. Amén.

(Mateo 5:5; Isaías 35; 65:7-25; 2 Pedro 3:13; Apocalipsis 11:15, 21:1-7; 22:1-5)

Cristianismo

INTRODUCCIÓN

Cristianismo, religión monoteísta basada en las enseñanzas de Jesucristo según se recogen en los Evangelios, que ha marcado profundamente la cultura occidental y es actualmente la más extendida del mundo. Está ampliamente presente en todos los continentes del globo y la profesan más de 1.700 millones de personas.

El cristianismo, en muchos sentidos y como cualquier otro sistema de creencias y de valores, se comprende sólo desde “el interior” entre aquellos que comparten la creencia y se esfuerzan por vivir de acuerdo con esos valores. Cualquier descripción de la religión que ignorara estas concepciones internas, no sería fiel en el orden histórico. Sin embargo, un aspecto que los que profesan esta fe no reconocen por regla general es que semejante sistema de creencias y de valores también puede ser descrito de una

forma que tenga sentido para un observador interesado, aunque no comparta, o no pueda compartir, su punto de vista.

DOCTRINA Y PRÁCTICA

Una comunidad, un modo de vida, un sistema de creencias, una observancia litúrgica, una tradición; el cristianismo es todo eso y más. Cada uno de estos aspectos del cristianismo tiene afinidades con otras creencias, aunque cada una de éstas también muestra señas particulares, consecuencia de su origen y evolución. Teniendo en cuenta esto, es una ayuda, y de hecho se hace inevitable, estudiar las ideas e instituciones del cristianismo de forma comparativa, relacionándolas con las afinidades que tienen con otras religiones. Sin embargo, resulta asimismo importante el estudio de los rasgos distintivos que son exclusivos del cristianismo.

Principales enseñanzas

Un fenómeno tan complejo y vital como el cristianismo resulta más fácil describirlo desde una perspectiva histórica que definirlo de una forma lógica, aunque esta descripción histórica incluya concepciones interiorizadas por los creyentes y que son también características esenciales de la religión. Uno de los elementos esenciales lo constituye el protagonismo de la figura de Jesucristo. Ese protagonismo es, de uno u otro modo, el rasgo distintivo de todas las variantes históricas de la creencia y práctica del cristianismo. Los cristianos no han logrado llegar a un acuerdo sobre la comprensión ni sobre la definición de qué

es lo que hace que Cristo sea tan característico y único. Desde luego, todos coinciden en que su vida y su ejemplo deberían ser seguidos y que sus enseñanzas referentes al amor y a la fraternidad deberían sentar las bases de todas las relaciones humanas. Gran parte de sus enseñanzas encuentran su equivalencia en la predicación de los rabinos, después de todo Jesús era uno de ellos, o en las enseñanzas de Sócrates y de Confucio. En las enseñanzas del cristianismo, Jesús no puede ser menos que el supremo predicador y ejemplo de vida moral, pero, para la mayoría de los cristianos, eso, por sí mismo, no hace justicia al significado de su vida y obra.

Todas las referencias históricas que se tienen de Jesús se encuentran en los Evangelios, parte del Nuevo Testamento englobada en la Biblia. Otros libros del Nuevo Testamento resumen las creencias de la Iglesia cristiana primitiva. Tanto san Pablo como otros autores de las Sagradas Escrituras creían que Jesús fue el revelador no sólo de la vida humana en su máxima perfección, sino también de la realidad divina en sí misma. *Veáse también* Cristología.

El misterio fundamental del Universo, llamado de muchas formas en las distintas religiones, en palabras de Jesús se llamaba “Padre”, y por eso los cristianos llaman a Jesús, “Hijo de Dios”. En todo caso, tanto en su lenguaje como en su vida, existía una profunda intimidad con Dios y un anhelo por acceder a Él, así como la promesa de que, a través de todo lo que Jesús fue e hizo, sus seguidores podrían participar en la vida del Padre en el cielo y podrían hacerse hijos de Dios. La crucifixión y resurrección de Jesucristo, a la que los primeros cristianos se refieren

cuando hablan de Él como de aquel que reconcilió a la humanidad con Dios, hicieron de la cruz el principal centro de atención de la fe y devoción cristianas, y el símbolo más importante del amor salvador de Dios Padre.

En el Nuevo Testamento, y por lo tanto en la doctrina cristiana, este amor es el atributo más importante de Dios. Los cristianos enseñan que Dios es omnipotente en su dominio sobre todo lo que está en la tierra y en el cielo, recto a la hora de juzgar lo bueno y lo malo, se encuentra más allá del tiempo, del espacio y del cambio, pero sobre todo enseñan que “Dios es amor”. La creación del mundo a partir de la nada así como de la especie humana fueron expresiones de ese amor, como también lo fue la venida de Jesús a la Tierra. La manifestación clásica de esta confianza en el amor de Dios viene dada por las palabras de Jesús en el llamado Sermón de la Montaña: “Mirad cómo las aves del cielo no siembran, ni siegan, ni encierran en graneros y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?” (Mat. 6,26). Los primeros cristianos descubrían en estas palabras una demostración de la privilegiada posición que tienen los hombres y las mujeres por ser hijos de un padre celestial como Él, y del lugar aún más especial que ocupa Cristo. Esa posición de excepción llevó a que las primeras generaciones de creyentes le otorgaran la misma categoría que al Padre, y a que más tarde utilizaran la expresión “el Espíritu Santo, a quien el Padre envió en el nombre de Cristo”, como parte de la fórmula que se utiliza en la administración del bautismo y en los diversos credos de los primeros siglos. Después de numerosas controversias y reflexiones, aquella

expresión se transformó en la doctrina de Dios como Santísima Trinidad. *Veáse también* Espíritu Santo.

Desde un principio, el camino para iniciarse en el cristianismo ha sido el bautismo “en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” o a veces, más simplemente, “en el nombre de Cristo”. En un comienzo, parece ser que el bautismo le era administrado sobre todo a los adultos, después de haber hecho manifiesta su fe y de haber prometido corregir sus vidas. La práctica del bautismo se generalizó más al extenderse también a los niños. Otro rito que es aceptado por todos los cristianos es el de la eucaristía o cena del Señor, en la que se comparten pan y vino, expresando y reconociendo así la realidad de la presencia de Cristo, tal como se conmemora en la comunión de unos con otros en la misa. La forma que fue adquiriendo la eucaristía a medida que evolucionó fue la de una cuidada ceremonia de consagración y de adoración, a partir de textos eucarísticos escritos sobre todo en los primeros siglos del cristianismo. La eucaristía también se ha transformado en uno de los principales motivos de conflicto entre las distintas iglesias cristianas, pues no todas están de acuerdo con la presencia de Cristo en el pan y en el vino consagrados y con el efecto que produce esta presencia en los que lo reciben. *Veáse también* Liturgia; Misa; Partes musicales de la misa.

La comunidad cristiana misma, es decir, la Iglesia, es otro componente fundamental dentro de la fe y las prácticas del cristianismo. Algunos estudiosos cuestionan el hecho de que se pretenda asumir que Jesús intentó fundar una iglesia (la palabra iglesia se menciona sólo dos veces en

los Evangelios), pero sus seguidores siempre estuvieron convencidos de que su promesa de estar con ellos “siempre, hasta el fin de los días” se hizo realidad mediante su “cuerpo místico en la tierra”, es decir, la santa Iglesia católica (universal). La relación que mantiene esta santa Iglesia universal con las distintas organizaciones eclesiásticas que existen por toda la cristiandad es la causa de las principales divisiones entre ellas. El catolicismo ha tendido a equiparar su propia estructura institucional con la Iglesia universal, mientras que algunos grupos protestantes extremistas han estado prontos a reclamar que ellos, y sólo ellos, representan la verdadera Iglesia visible. Sin embargo, cada vez un mayor número de cristianos de todos los sectores han comenzado a reconocer que no existe un único grupo que tenga el derecho de apropiarse el concepto de Iglesia, y han empezado más bien a trabajar para lograr la unión de todos los cristianos. Véase Movimiento ecuménico; Protestantismo; Iglesia católica apostólica romana.

Culto

Cualquiera que sea su organización institucional, la comunidad de fe dentro de la Iglesia es la primera condición para proceder al culto cristiano. Todos los cristianos de las distintas tradiciones han subrayado el papel trascendente de la devoción y de la oración individual, tal y como lo indicó Jesús. Pero él también instituyó una oración universal, el Padrenuestro, cuyas primeras palabras subrayan la naturaleza y el sentido de comunidad que tiene el culto: “Padre Nuestro que estás en el cielo”. A partir del Nuevo Testamento, se estableció que

el día que toda la comunidad cristiana destinaría a la adoración sería “el primer día de la semana”, el domingo, en conmemoración de la resurrección de Cristo. Lo mismo que el shabat judío, el domingo se destina al descanso. También es el día en que los creyentes se reúnen para oír la lectura y la predicación de la palabra de Dios recogida en la Biblia, para participar en los sacramentos y para rezar, alabar al Señor y darle gracias. Las necesidades del culto en comunidad han motivado la creación de miles de himnos, coros y cantos, así como de música instrumental, en especial para órgano. Desde el siglo IV, las comunidades cristianas han edificado construcciones especiales destinadas al culto, un hecho decisivo en la historia de la arquitectura y del arte en general. Véase Basílica; Iglesia (arquitectura); Arte y arquitectura paleocristianas; Himno; Oración.

Vida cristiana

El mandato y la exhortación de la predicación y las enseñanzas cristianas abarcan todos los temas referentes a la doctrina y a la moral. Los dos mandamientos más importantes del mensaje ético de Jesús (Mt. 22,34-40) son el amor a Dios y el amor al prójimo. La aplicación de estos mandamientos a situaciones concretas de la vida, ya sea en el orden personal o en el social, no genera uniformidad en el comportamiento moral ni en el social. Por ejemplo, hay cristianos que consideran pecaminosas las bebidas alcohólicas, pero los hay que no opinan igual. Existen cristianos que adoptan diferentes posturas sobre temas de actualidad, ya sea desde puntos de vista de extrema derecha, de extrema izquierda o de centro. A pesar de ello,

es posible hablar de un modo de vida cristiano, aquel que participa de la llamada al servicio y a convertirse en discípulo de Cristo. El valor inherente a cada persona creada a la imagen de Dios, la santidad de la vida humana, así como el matrimonio y la familia, el esfuerzo por alcanzar la justicia, aunque sea en un mundo caído en la desgracia, son compromisos morales dinámicos que los cristianos deberían aceptar; sin embargo, sus conductas pueden no conseguir las metas que imponen estas normas. Ya desde las páginas del Nuevo Testamento se hace patente que siempre ha sido difícil la tarea de desarrollar las implicaciones o el alcance que puede tener una ética del amor, bajo las condiciones de la existencia cotidiana, y que en realidad nunca ha existido una 'época dorada' en la que haya sucedido lo contrario.

Escatología

Sin embargo, dentro de la doctrina cristiana late la idea de esta época de oro, representada en la esperanza cristiana de una vida eterna. Jesús se refirió a esta esperanza con tanta insistencia que muchos de sus seguidores estaban a la espera del fin del mundo de un modo declarado y abierto, pues con ese fin sus vidas alcanzarían el reino de la eternidad. Desde el siglo I, esta expectación creó una actitud de flujo y reflujo, alcanzando a veces niveles de gran intensidad, y otras veces de una aparente aceptación del mundo en sus formas más crueles. Los credos de la Iglesia se refieren a esta esperanza usando el lenguaje de la resurrección, de una nueva vida, participando de la gloria de Cristo resucitado. Teniendo estos símbolos en cuenta, el cristianismo debería considerarse como una religión

espiritual, y en ocasiones se ha limitado exclusivamente a cumplir este papel. Pero, a través de la historia de la Iglesia, la esperanza cristiana también ha servido para motivar el desarrollo de una vida terrenal más conforme a los deseos de Dios según fue revelado por Cristo. *Veáse también* Catecismo; Escatología; Segunda venida.

HISTORIA

Casi toda la información de la que se dispone sobre la vida de Jesús y los orígenes del cristianismo, proviene de aquellos que proclamaban ser sus discípulos.

Considerando que escribieron más para convencer a los creyentes que para satisfacer la curiosidad histórica, esta información consta por lo común de más preguntas que respuestas, y nunca se ha podido armonizar dentro de un coherente y satisfactorio orden cronológico. Dada la naturaleza de las fuentes, es imposible, excepto de un modo especulativo, distinguir entre las enseñanzas originales de Jesús y el desarrollo que tuvo este magisterio dentro de las primeras comunidades cristianas.

Lo que sí se sabe es que tanto la persona como el mensaje de Jesús de Nazaret, desde épocas muy tempranas, logró tener seguidores que creían en él como en un nuevo profeta. Sus palabras y hechos se interpretan a la luz del milagro de su resurrección. Los primeros cristianos concluyeron que lo que Él había demostrado ser, a través de su resurrección, ya lo debía haber sido antes, cuando caminaba entre los habitantes de Palestina e incluso antes de haber nacido del vientre de María de acuerdo con su condición divina y, por tanto, eterna. Se inspiraron en el

lenguaje de las Sagradas Escrituras (la Biblia hebrea, que los cristianos llamaron Antiguo Testamento) para componer un relato de la realidad “siempre antigua, siempre nueva”, que habían aprendido a conocer como apóstoles de Jesucristo. Creyendo que era deseo y mandato de Jesús el que se unieran y formaran una nueva comunidad de lo que aún quedaba rescatable del pueblo de Israel, estos judíos cristianos formaron la primera Iglesia en Jerusalén. Consideraban que ése era el lugar más apropiado para recibir lo prometido: el don del Espíritu Santo y de una innovación espiritual.

Los comienzos de la Iglesia

Jerusalén era el núcleo del movimiento cristiano; al menos lo fue hasta su destrucción a manos de los ejércitos de Roma en el 70 d.C. Desde este centro, el cristianismo se desplazó a otras ciudades y pueblos de Palestina, e incluso más lejos. En un principio, la mayoría de las personas que se unían a la nueva fe eran seguidores del judaísmo, para quienes sus doctrinas representaban algo nuevo, no en el sentido de algo novedoso por completo y distinto, sino en el sentido de ser la continuación y realización de lo que Dios había prometido a Abraham, Isaac y Jacob. Por lo tanto, ya en un principio, el cristianismo manifestó una relación dual con la fe judía: una relación de continuidad y al mismo tiempo de realización, de antítesis, y también de afirmación. La conversión forzada de los judíos durante la edad media y la historia del antisemitismo (a pesar de que los dirigentes de la Iglesia condenaban ambas actitudes) constituyen una prueba de que la antítesis podía ensombrecer con facilidad a la afirmación. Sin embargo, la

ruptura con el judaísmo nunca ha sido total, sobre todo porque la Biblia cristiana incluye muchos elementos del judaísmo. Esto ha logrado que los cristianos no olviden que aquel al que adoran como Señor era judío y que el Nuevo Testamento no surgió de la nada, sino que es una continuación del Antiguo Testamento.

Una importante causa del alejamiento del cristianismo de sus raíces judías fue el cambio en la composición de la Iglesia, que tuvo lugar más o menos a fines del siglo II (es difícil precisar cómo se produjo y en qué periodo de una forma concreta). En un momento dado, los cristianos con un pasado no judío comenzaron a superar en número a los judíos cristianos. En este sentido, el trabajo del apóstol Pablo tuvo una poderosa influencia. Pablo era judío de nacimiento y estuvo relacionado de una forma muy profunda con el destino del judaísmo, pero, a causa de su conversión, se sintió el “instrumento elegido” para difundir la palabra de Cristo a los gentiles, es decir, a todos aquellos que no tenían un pasado judío. Fue él quien, en sus epístolas a varias de las primeras congregaciones cristianas, formuló muchas de las ideas y creó la terminología que más tarde constituirían el eje de la fe cristiana; merece el título de primer teólogo cristiano. Muchos teólogos posteriores basaron sus conceptos y sistemas en sus cartas, que ahora están recopiladas y codificadas en el Nuevo Testamento. *Veáse también San Pablo.*

De las epístolas ya consideradas y de otras fuentes que provienen de los dos primeros siglos de nuestra era, es posible obtener información sobre la organización de las

primeras congregaciones. Las epístolas que Pablo habría enviado a Timoteo y a Tito (a pesar de que muchos estudiosos actuales no se arriesgan a afirmar que el autor de esas cartas haya sido Pablo), muestran los comienzos de una organización basada en el traspaso metódico del mando de la primera generación de apóstoles, entre los que se incluye a Pablo, a sus continuadores, los obispos. Dado el frecuente uso de términos tales como obispo, presbítero y diácono en los documentos, se hace imposible la identificación de una política única y uniforme. Hacia el siglo III se hizo general el acuerdo respecto a la autoridad de los obispos como continuadores de la labor de los apóstoles. Sin embargo, este acuerdo era generalizado sólo en los casos en que sus vidas y comportamientos asumían las enseñanzas de los apóstoles, tal como estaba estipulado en el Nuevo Testamento y en los principios doctrinales que fundamentaban las diferentes comunidades cristianas.

Concilios y credos

Se hizo necesario aclarar las cuestiones doctrinales cuando surgieron interpretaciones del mensaje de Cristo que vendrían a considerarse erróneas. Las desviaciones más importantes o herejías tenían que ver con la persona de Cristo. Algunos teólogos buscaban proteger su santidad, negando su naturaleza humana, mientras otros buscaban proteger la fe monoteísta, haciendo de Cristo una figura divina de rango inferior a Dios, el Padre.

En respuesta a estas dos tendencias, en los credos comenzó, en época muy temprana, un proceso para

especificar la condición divina de Cristo, en relación con la divinidad del Padre. Las formulaciones definitivas de estas relaciones se establecieron durante los siglos IV y V, en una serie de concilios oficiales de la Iglesia; dos de los más destacados fueron el de Nicea en el 325, y el de Calcedonia en el 451, en los que se acuñaron las doctrinas de la Santísima Trinidad y de la doble naturaleza de Cristo, en la forma aún aceptada por la mayoría de los cristianos (véase Concilio de Calcedonia; Credo de Nicea). Para que pudieran exponerse estos principios, el cristianismo tuvo que refinar su pensamiento y su lenguaje, proceso en el que se fue creando una **teología** filosófica, tanto en latín como en griego. Durante más de mil años, éste fue el sistema de pensamiento con más influencia en Europa. El principal artífice de la **teología** en Occidente fue san Agustín de Hipona, cuya producción de textos literarios, dentro de los que se incluyen los textos clásicos *Confesiones* y *La ciudad de Dios*, hizo más que cualquier otro grupo de escritos, exceptuando los autores de la Biblia, para dar forma a este sistema.

Persecución

Sin embargo, el cristianismo tuvo primero que asentar su relación con el orden político. Dentro del Imperio romano, y como secta judía, la Iglesia cristiana primitiva compartió la misma categoría que tenía el judaísmo, pero antes de la muerte del emperador Nerón en el 68 ya se le consideraba rival de la religión imperial romana. Las causas de esta hostilidad hacia los cristianos no eran siempre las mismas y, por lo general, la oposición y las persecuciones tenían causas muy concretas. Sin embargo, la lealtad que los

cristianos mostraban hacia su Señor Jesús, era irreconciliable con la veneración que existía hacia el emperador como deidad, y los emperadores como Trajano y Marco Aurelio, que estaban comprometidos de manera más profunda con mantener la unidad ideológica del Imperio, veían en los cristianos una amenaza para sus propósitos; fueron ellos quienes decidieron poner fin a la amenaza. Al igual que en la historia de otras religiones, en especial la del islam, la oposición a la nueva religión creaba el efecto inverso al que se pretendía y, como señaló el epigrama de Tertuliano, miembro de la Iglesia del norte de África, “la sangre de los mártires se transformará en la semilla de cristianos”. A comienzos del siglo IV el mundo cristiano había crecido tanto en número y en fuerza, que para Roma era preciso tomar una decisión: erradicarlo o aceptarlo. El emperador Diocleciano trató de eliminar el cristianismo, pero fracasó; el emperador Constantino I el Grande optó por contemporizar, y acabó creando un imperio cristiano.

La aceptación oficial

La conversión del emperador Constantino situó al cristianismo en una posición privilegiada dentro del Imperio; se hizo más fácil ser cristiano que no serlo. Como resultado, los cristianos comenzaron a sentir que se estaba rebajando el grado de exigencia y sinceridad de la conducta cristiana y que el único modo de cumplir con los imperativos morales de Cristo era huir del mundo (y de la Iglesia que estaba en el mundo), y ejercer una profesión de disciplina cristiana como monje. Desde sus comienzos en el desierto egipcio, con el eremitorio de san Antonio, el

monaquismo cristiano se propagó durante los siglos IV y V por muchas zonas del Imperio romano. Los monjes cristianos se entregaron al rezo y a la observación de una vida ascética, pero no sólo en la parte griega o latina del Imperio romano, sino incluso más allá de sus fronteras orientales, en el interior de Asia. Durante el inicio de la edad media, estos monjes se transformaron en la fuerza más poderosa del proceso de cristianización de los no creyentes, de la renovación del culto y de la oración y, a pesar del antiintelectualismo que en reiteradas ocasiones trató de hacer valer sus derechos entre ellos, del campo de la **teología** y la erudición. *Veáse también* Órdenes y comunidades religiosas.

El cristianismo en Oriente

Uno de los actos del emperador Constantino que tuvo más repercusión dentro del mundo cristiano, fue su decisión, en el año 330, de trasladar la capital del Imperio desde Roma hasta una “Nueva Roma”, la ciudad de Bizancio, en el punto más oriental del mar Mediterráneo. La nueva capital, Constantinopla (actual Estambul), así llamada en honor del emperador, se transformó también en el centro intelectual y religioso del mundo cristiano de Oriente. Mientras que el mundo cristiano de Occidente se fue centralizando de forma progresiva: una pirámide cuya cima la constituía el papa de Roma (véase Papado), los principales centros del mundo oriental, Constantinopla, Jerusalén, Antioquía y Alejandría, se desarrollaron de forma autónoma. El emperador de Constantinopla tenía una posición muy destacada en la vida de la Iglesia. Por ejemplo, él era quien convocaba y presidía los concilios generales de la Iglesia,

órganos supremos de la legislación eclesiástica con respecto a la fe y a los códigos morales. Esta relación especial que surgió entre la Iglesia y el Estado se denominó, con una simplificación excesiva, cesaropapismo. Fomentó una cultura cristiana (como lo atestigua la gran basílica de Santa Sofía en Constantinopla, erigida por el emperador Justiniano I), que unió y sintetizó elementos cristianos y de la antigüedad clásica.

El problema radicaba en que esta simbiosis podía significar que la Iglesia se subordinara a la autoridad del Estado. La crisis del siglo VIII respecto a la legitimidad del uso de imágenes en las iglesias cristianas significó también un choque entre la Iglesia y el poder imperial. El emperador León III el Isaurio las prohibió, precipitando así un conflicto en el que los monjes de Oriente se convirtieron en los principales defensores de los iconos. Más adelante, se restauró el culto a los iconos, lo que supuso una medida de independencia para la Iglesia respecto al Estado (véase Iconoclasia). Durante los siglos VII y VIII, tres de los cuatro centros orientales cayeron bajo la influencia expansiva del islam; el único núcleo que quedó sin conquistar fue Constantinopla, que fue sitiada en repetidas ocasiones, hasta que cayó en manos de los turcos en 1453. Sin embargo, la lucha con los musulmanes no era tan sólo de carácter militar. Tanto los cristianos de Oriente como los seguidores del profeta Mahoma trataban de aumentar su mutua influencia en aspectos de índole intelectual, filosófica, científica e incluso teológica.

El conflicto con respecto a la adoración de las imágenes resultó ser tan grave porque amenazaba un rasgo

fundamental de la Iglesia de Oriente: su liturgia. El cristianismo de Oriente era, y sigue siendo, una forma de culto a partir del cual surge una forma de vivir y de pensar. La palabra griega *ortodoxia* (junto con su sinónimo, en esloveno, *pravoslavie*) se refiere a la manera correcta de alabar a Dios, lo cual resulta indisoluble del modo correcto de proclamar la verdadera doctrina de Dios y de vivir de acuerdo con su voluntad. Este énfasis aportó a la liturgia y a la **teología** de Oriente una categoría que los observadores occidentales, incluso durante la edad media, caracterizarían como mística, categoría que se intensificó por la fuerte influencia que ejercía el neoplatonismo sobre la filosofía bizantina. A pesar de que el monaquismo de Oriente, por lo general, se mostraba hostil ante estas corrientes filosóficas de pensamiento, se llevaba a la práctica una vida de devoción bajo la influencia de los escritos de los Padres de la Iglesia y de teólogos, como san Basilio, que habían asumido un cristianismo helenístico del que partían muchas de esas ideas filosóficas.

Todos los rasgos distintivos del cristianismo de Oriente, como la ausencia de una autoridad eclesiástica central, la estrecha relación con el Imperio, la tradición litúrgica y mística, el uso continuado de la lengua y de otros elementos de la cultura griega, así como su aislamiento a causa de la expansión musulmana, contribuyeron a su alejamiento de Occidente, lo que por último desembocó en el cisma entre las iglesias occidental y oriental. De modo general, los historiadores fechan el Gran Cisma a partir de 1054, cuando Roma y Constantinopla se excomulgaron mutuamente, aunque también se puede decir que la fecha fue 1204, cuando ejércitos procedentes de Occidente, de

camino para arrebatar la Tierra Santa del dominio otomano (véase Cruzadas), atacaron y arrasaron la ciudad cristiana de Constantinopla. Cualquiera que sea la fecha, la ruptura entre el cristianismo oriental y el occidental se ha mantenido hasta hoy, a pesar de los repetidos esfuerzos por lograr la reconciliación.

Uno de los puntos de conflicto entre Constantinopla y Roma, a comienzos del siglo IX, fue el relativo a la evangelización de los eslavos. Pese a que muchas tribus eslavas, como los polacos, moravos, checos, eslovacos, croatas y eslovenos terminaron envueltas en la órbita de la Iglesia de Occidente, la gran mayoría de la población eslava se convirtió al cristianismo de acuerdo a las normativas de la Iglesia oriental (bizantina). Desde su temprana fundación en Kíev, la ortodoxia eslava impregnó Rusia, donde los rasgos distintivos del cristianismo de Oriente, ya descritos, enraizaron con mucha fuerza. La autoridad autocrática del zar moscovita imitó algunas de las atribuciones del cesaropapismo bizantino; el monaquismo ruso se dejó influir por el ascetismo y la devoción cultivada en los monasterios griegos del monte Athos. El énfasis en la autonomía cultural y étnica hizo evidente, desde muy temprano, que el cristianismo eslavo tenía su propio lenguaje litúrgico (conocido aún como antigua Iglesia eslava). Por otra parte, esta Iglesia fue incorporando los estilos artísticos y arquitectónicos importados de los centros ortodoxos de las zonas de habla griega. En la Iglesia de Oriente también había algunos grupos eslavos de los Balcanes (serbios, montenegrinos, bosnios, macedonios y búlgaros), albaneses, descendientes de los antiguos ilirios, y rumanos, un pueblo de lengua romance.

A lo largo de los siglos de dominio turco en los Balcanes, algunas de las poblaciones cristianas locales fueron forzadas a convertirse al islam, como en el caso de algunos bosnios, búlgaros y albaneses.

Veáse también Imperio bizantino; Iglesia de Oriente; Iglesias de rito oriental; Iglesia ortodoxa.

El cristianismo en Occidente

A pesar de que el cristianismo de Oriente era en muchos sentidos el heredero directo de la Iglesia primitiva, una parte del desarrollo más dinámico se dio en la zona occidental del Imperio romano. De las muchas razones que hubo para ese desarrollo, merecen mención especial dos causas relacionadas de una forma directa: el crecimiento del poder del Papado y la migración de los pueblos germanos. Cuando se trasladó la capital del Imperio a Constantinopla, la fuerza más poderosa que quedó en Roma fue la de los obispos. La antigua ciudad, capital de la Iglesia de Occidente, desde la que se podía seguir la huella de la fe cristiana a partir de la obra de los apóstoles Pablo y Pedro, en reiteradas ocasiones actuó como árbitro de la ortodoxia mientras otros centros, incluida Constantinopla, caían en la herejía o en los cismas. Roma sostenía esta posición cuando las sucesivas oleadas de tribus, en lo que fue llamado el periodo de las invasiones bárbaras, asolaron Europa. La conversión de los invasores al cristianismo, como en el caso del rey de los francos, Clodoveo I, significó al mismo tiempo su incorporación a una institución presidida por el obispo de Roma. A medida que fue decayendo el poder de Constantinopla sobre las provincias

del oeste, se fueron creando reinos germánicos autónomos, hasta que en el 800 nació un nuevo imperio soberano en Occidente, cuando el papa León III coronó emperador a Carlomagno. Véase Sacro Imperio Romano Germánico.

Por lo tanto, el cristianismo occidental durante la edad media, al contrario de su réplica oriental, era una entidad única, o por lo menos eso trataba de ser. Cuando alguno de los pueblos se convertía al cristianismo adoptaba como lengua oficial el latín, proceso en el que, por lo común (como fue el caso de los francos y los visigodos en la península Ibérica), perdían incluso su propia lengua. Así fue como el lenguaje de la antigua Roma se transformó en la lengua litúrgica, literaria y cultural de Europa occidental. Si bien los arzobispos, los obispos y los abades ejercían gran poder sobre sus regiones, estaban subordinados a la autoridad del papa, a pesar de que con bastante frecuencia éste era incapaz de satisfacer sus peticiones. Durante los primeros siglos de la edad media, en Europa occidental hubo largas controversias teológicas, aunque nunca llegaron a las enormes proporciones que alcanzaron en Europa oriental. La **teología** occidental no pudo, al menos hasta después del siglo XI, alcanzar los extremos de complejidad filosófica de Oriente. La sombra de san Agustín continuó dominando durante mucho tiempo la **teología** latina, y había dificultades para acceder a los textos de las meditaciones doctrinales de los antiguos pensadores cristianos.

La imagen de cooperación que existía entre Iglesia y Estado, simbolizada por la coronación de Carlomagno por

el Papa, no debe interpretarse como que no hubo problemas entre ellos durante la edad media. Muy al contrario, con frecuencia surgían conflictos con respecto a sus respectivas esferas de autoridad. El desacuerdo más común era el referente al derecho del soberano a nombrar obispos en sus dominios (investidura laica), problema que llevó al papa Gregorio VII y al emperador Enrique IV a un callejón sin salida en 1075. El Papa excomulgó al Emperador y éste se negó a reconocer la autoridad papal. Estuvieron un tiempo reconciliados cuando el mismo Enrique se sometió en Canosa a la penitencia que le impuso el pontífice en 1077, pero la tensión continuó. Poco tiempo después, se estaba discutiendo un asunto muy parecido con respecto a la excomunión del rey Juan Sin Tierra, de Inglaterra, dictada por el papa Inocencio III en 1209, controversia que terminó cuatro años más tarde, cuando el Rey aceptó los dictámenes del Papa. La causa de estas disputas estaba en la compleja implicación de la Iglesia en la sociedad feudal. Los obispos y abades administraban grandes extensiones de terrenos y otros bienes, constituyendo así una gran fuerza económica y política, sobre la que el rey tenía que ejercer un cierto control si quería hacer valer su autoridad sobre la nobleza secular que estaba bajo su potestad. Por otro lado, el Papado no podía permitir que la Iglesia del país se transformara en el títere de un régimen político. Véase Querrela de las Investiduras.

A pesar de lo referido, sí existió cooperación entre la Iglesia y el Estado cuando, durante las Cruzadas, cerraron filas contra el enemigo común. La conquista musulmana de Jerusalén significó que los Santos Lugares vinculados a la

vida de Jesús quedaron bajo el control de un poder no cristiano, aunque se debe reconocer que las noticias que llegaban referentes a las molestias que sufrían los peregrinos a manos de los musulmanes eran sumamente exageradas. El hecho es que en el exaltado ambiente medieval del cristianismo fue intensificándose la certeza de que era deseo de Dios organizar un ejército cristiano para liberar Tierra Santa. Al emprender la primera Cruzada en 1095, las tropas cristianas lograron formar un reino latino y un patriarcado en Jerusalén, aunque un siglo más tarde la ciudad volvió a caer bajo dominio musulmán; en el plazo de 200 años ya había sucumbido hasta el último reducto cristiano. En este sentido, las Cruzadas fueron un fracaso, o incluso, como ocurrió en el curso de la cuarta Cruzada (1202-1204), un verdadero desastre. No sirvieron para restaurar el cristianismo de forma permanente en Tierra Santa, ni tampoco para unificar Occidente, ni en el plano eclesiástico ni en el orden político. Al contrario, aumentaron los rencores entre los cristianos orientales y occidentales, ahondando más en sus diferencias.

No obstante, la Iglesia medieval sí logró un triunfo muy importante durante este periodo, que fue el desarrollo de la filosofía y la **teología** escolásticas. Partiendo siempre del sustrato doctrinal de las enseñanzas expuestas por san Agustín, los teólogos latinos volcaron su interés en la relación entre el conocimiento de Dios alcanzable por la razón humana por sí misma, y el conocimiento que se adquiere a través de la revelación. Se adoptó el lema de san Anselmo: "Creo en aquello que puedo entender", y se buscó una prueba concluyente para demostrar la existencia de Dios basada en la estructura misma del pensamiento

humano (el argumento ontológico). En esa época, Pedro Abelardo estudió las contradicciones que existían entre las distintas tendencias de la tradición doctrinal de la Iglesia, con la idea de desarrollar métodos para lograr armonizarlas. Esos dos cometidos dominaron el pensamiento de los siglos XII y XIII, hasta que la recuperación de las obras perdidas de Aristóteles hizo posible el acceso a un conjunto de definiciones y de matices que pudieron ser aplicados en ambos casos. La **teología** filosófica de san Agustín buscó hacer justicia al conocimiento natural de Dios, a la vez que exaltaba las enseñanzas reveladas en los Evangelios, y entrelazó las partes dispersas de la tradición formando una sola unidad. San Agustín, junto con sus contemporáneos, san Buenaventura y santo Tomás de Aquino, representaba el ideal intelectual del cristianismo medieval. *Veáse también Escolasticismo.*

Sin embargo, coincidiendo con la muerte de santo Tomás de Aquino, aparecieron nubes que amenazaron tormenta en la Iglesia de Occidente. En 1309, el Papado se trasladó de Roma a Aviñón, donde se mantuvo hasta 1377 en la denominada cautividad de Babilonia de la Iglesia. A estos acontecimientos siguió el Gran Cisma de Occidente, durante el cual hubo dos, y a veces hasta tres, aspirantes al solio pontificio. Este litigio no se resolvió hasta 1417, cuando se volvió a unir el Papado, aunque jamás logró recuperar el férreo control ni la autoridad anteriores.

La Reforma y la Contrarreforma

Hubo reformadores de distintas tendencias, como por ejemplo John Wycliffe, Jan Hus y Girolamo Savonarola, que denunciaron públicamente el relajamiento moral y la corrupción económica que existían dentro de la Iglesia “en sus miembros y en sus mentes”; buscaban provocar un giro radical de la situación. Al mismo tiempo, se estaban produciendo profundos cambios de tipo social y político, producto del despertar de la conciencia nacional y de la fuerza e importancia cada vez mayores que iban adquiriendo las ciudades, en las que surgió con gran poder una nueva clase social sostenida por el comercio. La Reforma protestante podría ser considerada producto de la convergencia de dichas fuerzas: un movimiento para introducir cambios dentro de la Iglesia, el ascenso del nacionalismo y el avance del “espíritu del capitalismo”.

El reformador Martín Lutero fue la figura catalizadora que aceleró el nuevo movimiento. Su lucha personal por buscar la certeza religiosa lo condujo, en contra de sus deseos, a cuestionar el sistema medieval de salvación, e incluso la propia autoridad de la Iglesia; su excomunión por el papa León X fue un paso adelante hacia la irreversible división del mundo cristiano en Occidente. El proceso tampoco se limitó a la Alemania de Lutero. Hubo movimientos reformistas en Suiza, que pronto encontraron el apoyo y liderazgo de Ulrico Zuinglio y en especial de Juan Calvino, cuya obra *Institutio christianae religionis* se transformó en el más influyente compendio de la nueva **teología**. La Reforma inglesa, desencadenada por los problemas personales del rey Enrique VIII, evidenció la fuerte influencia que tenían los reformadores en Inglaterra. La Reforma en Inglaterra tomó su propia vía, manteniendo

algunos elementos procedentes de la religión católica, como el episcopado histórico, con otros rasgos protestantes, como el reconocimiento de la exclusiva autoridad de la Biblia. El pensamiento de Calvino ayudó en Francia al avance de los hugonotes, grupo que era rechazado con violencia tanto por la Iglesia como por el Estado, aunque al final logró ser reconocido por el Edicto de Nantes en 1598 (revocado en 1685). Los grupos reformadores más radicales, entre los que destacaban los anabaptistas, se pusieron en contra tanto de otros grupos protestantes como de Roma, rechazando prácticas tan antiguas como el bautismo infantil e incluso dogmas como el de la Santísima Trinidad; también estaban en contra de la alianza entre Iglesia y Estado. *Veáse también* Calvinismo; Luteranismo; Presbiterianismo.

La confluencia de la Reforma religiosa con el creciente nacionalismo ayudó a determinar su éxito allí donde logró contar con el respaldo de los nuevos estados nacionales. Como consecuencia de estos lazos, la Reforma ayudó a fomentar las lenguas vernáculas, en especial a través de traducciones de la Biblia, que contribuyeron a modelar el lenguaje y el espíritu nacional de los pueblos. También otorgó un nuevo impulso a las predicaciones bíblicas y al culto en lengua vernácula, en la que se compusieron himnos nuevos. Dada la importancia que se concedió a que todos los creyentes participaran en el culto y en las oraciones, la Reforma desarrolló sistemas para enseñar y difundir la doctrina y la ética, presentados en forma de catecismos.

La Reforma protestante no fue suficiente para agotar el espíritu renovador que existía dentro de la Iglesia católica. Como respuesta al desafío protestante, y en función de sus propias necesidades, la Iglesia convocó el Concilio de Trento, que se prolongó desde 1545 hasta 1563, año en que se logró dar una formulación definitiva a las doctrinas que se debatían, y asimismo instituir reformas legislativas prácticas respecto a la liturgia, la administración de la Iglesia y la enseñanza de la fe. La responsabilidad de llevar a cabo las decisiones tomadas en el Concilio recayó sobre todo en la Compañía de Jesús, fundada por san Ignacio de Loyola. Considerando que estos cambios religiosos coincidieron con el descubrimiento del Nuevo Mundo, el hecho fue contemplado como una oportunidad providencial para evangelizar a quienes jamás habían oído el anuncio evangélico. El hecho de que el Concilio de Trento no tomara en consideración ninguna de las propuestas de los reformistas y reafirmara las de la Iglesia católica tuvo el efecto de hacer de la división de la Iglesia algo permanente.

Nuevas divisiones continuaron surgiendo en las iglesias. En un plano histórico, es probable que las más destacadas fueran las de la Iglesia de Inglaterra. Los puritanos se oponían a los “remanentes del papismo” que existían aún en la vida litúrgica e institucional del anglicanismo, y presionaron para lograr su eliminación total. Dada la unión anglicana entre la Corona y la Iglesia, este problema adquirió, a medida que se fue desarrollando, consecuencias políticas violentas, que culminaron con el estallido de la Guerra Civil inglesa y la ejecución del rey Carlos I en 1649. El puritanismo encontró su más completa

expresión en Estados Unidos, tanto en el aspecto político como en el teológico. Los pietistas de las Iglesias calvinistas y luteranas de Europa permanecían como un grupo dentro de la organización, en vez de formar una Iglesia independiente. Pero en Estados Unidos el pietismo representó los puntos de vista y las perspectivas de futuro de muchos de los grupos llegados de Europa. El pietismo europeo también tuvo eco en Inglaterra, gracias a las doctrinas de John Wesley, fundador del movimiento metodista.

El periodo moderno

Ya durante el siglo XVI, cuando se produjo la Reforma, e incluso de forma más marcada durante los siglos XVII y XVIII, se hizo notorio que el cristianismo estaba obligado a definirse ante el auge de la ciencia y la filosofía modernas. Este problema se hizo presente en todas las Iglesias, aunque de distinto modo. El hecho de que Galileo hubiera sido condenado por la Inquisición, acusado de herejía, encontró más tarde su equivalente en las controversias protestantes acerca de las consecuencias de la teoría de la evolución en el relato bíblico de la creación. El cristianismo, por lo general, también actuaba a la defensiva frente a otros movimientos modernos. El método crítico histórico que se empleaba para estudiar la Biblia, y que había comenzado a utilizarse en el siglo XVII, parecía estar amenazando la autoridad de las Escrituras, por lo que se condenó el racionalismo del Siglo de las Luces por considerarse una fuente de indiferencia religiosa y de anticlericalismo (véase Ciencia bíblica). Considerando la importancia que se concedía a la capacidad del hombre

para determinar el destino de la humanidad, incluso la democracia podía ser condenada por la Iglesia. El incremento de la secularización de la sociedad hizo que la Iglesia perdiera el control de muchos aspectos de la vida cotidiana, como por ejemplo la enseñanza.

A resultas de esta situación, el cristianismo tuvo que redefinir su relación con el orden civil. La tolerancia religiosa para con los grupos religiosos minoritarios, y luego la gradual separación entre la Iglesia y el Estado, representaron una ruptura con el sistema que, entre multitud de altibajos, había prevalecido desde la conversión de Constantino, y constituyó, según la opinión de los estudiosos, el cambio de mayor alcance en la historia moderna del cristianismo. Llevada a una conclusión lógica, a muchos les pareció que implicaba tanto la reconsideración de cómo los distintos grupos y sus tradiciones que se hacían llamar cristianos estaban interrelacionados, como una revisión de la forma en que, tomados en conjunto, se hallaban vinculados a otras tradiciones religiosas. El estudio de la trascendencia de estos dos conflictos ha desempeñado un papel muy importante durante los siglos XIX y XX. Véase Iglesia y Estado.

El movimiento ecuménico ha sido la organización que con más empeño ha intentado unir, o al menos llevar a un acuerdo más estrecho, a grupos cristianos que han estado distanciados durante largos periodos. En el Concilio Vaticano II, la Iglesia católica dio importantes pasos en favor de lograr una reconciliación tanto con la Iglesia de Oriente como con los protestantes. Asimismo, durante este

concilio se reconoció por primera vez en un foro oficial lo positivo que era el genuino poder espiritual presente en otras religiones del mundo. El vínculo existente entre el cristianismo y el judaísmo representa un caso especial. Después de muchos siglos de hostilidad e incluso de persecuciones, ambas confesiones han hecho un esfuerzo por llegar a un entendimiento común, acercamiento que no se producía desde el siglo I. Véase Concilio Vaticano II.

La reacción que han tenido las iglesias ante su incorporación a un mundo más moderno y cambiante, también ha producido el hecho sin precedentes que supone el incremento en el interés por los asuntos teológicos. Los teólogos protestantes Jonathan Edwards y Friedrich Schleiermacher y los pensadores católicos Blaise Pascal y John Henry Newman tomaron en sus manos la misión de reorientar las tradicionales apologías de la fe, basándose en experiencias religiosas propias, como una forma de hacer válida la realidad de Dios. En el siglo XIX fue cuando se realizaron más investigaciones históricas acerca del desarrollo de las ideas e instituciones cristianas. Este estudio subrayó que no había una modalidad en particular de doctrina o estructura eclesiástica que pudiera afirmar ser absoluta y última. Estos estudios también sirvieron a otros teólogos para reinterpretar el mensaje de Cristo. A pesar de que la investigación literaria de los textos bíblicos era contemplada con mucho recelo por los más conservadores, sirvió para obtener nuevos datos sobre cómo se habían compuesto y reunido las distintas partes de la Biblia. El estudio de la liturgia, junto con el reconocimiento de que las formas antiguas no siempre

tenían sentido en la era moderna, estimuló la reforma del culto.

La relación ambivalente que existe entre la fe cristiana y la cultura moderna, que se hace notoria en todas estas tendencias, se reconoce también en el papel que ha representado el cristianismo en la historia social y política. Encontramos a los cristianos divididos en las discusiones que tuvieron lugar a lo largo del siglo XIX a raíz del tema de la esclavitud, y las distintas tendencias utilizaron argumentos procedentes de la Biblia. El surgimiento de ideologías que propiciaron diversas revoluciones políticas y sociales en los siglos XIX y XX tuvo su repercusión entre los grupos cristianos, generalmente tachados de reaccionarios, en especial bajo los regímenes de inspiración marxista del siglo XX. No obstante, también surgieron tendencias que buscaban conciliar el cristianismo con los cambios sociales, y en algunos casos la fe revolucionaria ha surgido de fuentes cristianas. Mohandas Karamchand Gandhi sostenía que actuaba en el espíritu de Jesucristo, y Martin Luther King fundamentó sus enseñanzas y su programa político en el Sermón de la Montaña. Igualmente, han sido personalidades cristianas las encargadas de denunciar las enormes desigualdades existentes en zonas del Tercer Mundo, costándoles la vida en varias ocasiones, como fue el caso de monseñor Romero en El Salvador.

Durante los últimos 25 años del siglo XX, los movimientos misioneros de la Iglesia han llevado la fe cristiana por todo el mundo. La adaptación de las costumbres nativas plantea problemas teológicos y de tradición, como, por ejemplo,

conseguir que las tribus africanas polígamas adopten una vida familiar cristiana.